

Epílogo. A propósito de ‘*Frontlash/Backlash: The Crisis of Solidarity and the Threat to Civil Institutions*’, de Jeffrey Alexander. En defensa de la democracia liberal: la superposición del binomio “acción-reacción” y la politización de la vida social como amenazas a la democracia

Jeffrey Alexander¹, Rubén Díez García²

Recibido: 28-02-2021 // Aprobado: 19-05-2021

Resumen. El presente artículo aborda la amenaza que para la democracia representa la actual dinámica de acción-reacción [*frontlash-backlash*] en un contexto de fuerte *politización de la vida social* y desbordamiento de la política institucional. La *dialéctica* acción-reacción es consustancial al proceso democrático, pero el protagonismo que han cobrado en este nuevo milenio los conflictos en torno a la identidad colectiva, las formas expresivas binarias del *populismo*, y la impugnación de los valores e instituciones sobre los que se asienta la democracia moderna, a uno y otro lado de este binomio, sugieren que estamos siendo testigos, en esta segunda fase de la modernidad, de un desplazamiento en la forma en la cual habría venido teniendo lugar este tipo de dinámica.

Palabras clave: Democracia, populismo, políticas de la identidad, derecha radical, extrema derecha, cultura cívica.

[en] Epilogue. Regarding ‘*Frontlash / Backlash: The Crisis of Solidarity and the Threat to Civil Institutions*’, by Jeffrey Alexander. In defense of liberal democracy: *frontlash / backlash* overlapping and politicization of social life as threats to democracy

Abstract. This article addresses the threat that the current *frontlash-backlash* dynamic represents for democracy in a context of strong *politicization of social life* and overflow of institutional politics. The *frontlash-backlash dialectic* is inherent to the democratic process, however the prominence that in this new millennium have gained, on one side and the other of the *frontlash-backlash* scheme, the conflicts around the collective identity, the binary discursive forms of *populism*, and the challenge to the values and institutions on which it is based modern democracy, suggest that we are witnessing, in this second phase of modernity, a shift in the way in which this type of dynamic has been taking place.

Key words: Democracy, populism, identity politics, radical right, far-right, civic culture

Sumario. 1. Acción / Reacción [Frontlash / Backlash]: La crisis de la solidaridad y la amenaza a las instituciones civiles, por Jeffrey C. Alexander. 2. En defensa de la democracia liberal. La superposición del binomio “acción-reacción” y la politización de la vida social como amenazas a la democracia, por Rubén Díez García.

Como citar: Alexander, J.; Díez García, R. (2021). Epílogo. A propósito de ‘*Frontlash/Backlash: The Crisis of Solidarity and the Threat to Civil Institutions*’, de Jeffrey Alexander. En defensa de la democracia liberal: la superposición del binomio “acción-reacción” y la politización de la vida social como amenazas a la democracia. *Polít. Soc. (Madr.)* 58(2), e74514. <https://dx.doi.org/10.5209/poso.74514>

1. Acción / Reacción [Frontlash / Backlash]: La crisis de la solidaridad y la amenaza a las instituciones civiles, por Jeffrey C. Alexander³

Es tiempo de miedo y aversión para la izquierda, también para destacados sociólogos. La aversión hacia el Presidente Trump, adalid de las fuerzas de la *alt-right* que, marginadas durante décadas, están dando de nue-

¹ Codirector del Centro de Sociología Cultural de la Universidad de Yale (Estados Unidos)
E-mail: jeffrey.alexander@yale.edu

² Universidad Complutense de Madrid (España)
E-mail: rubendiez@ucm.es

³ Traducción y notas al pie de página de Rubén Díez García. En la traducción ha colaborado Antonio Álvarez-Benavides. El texto original fue publicado en 2018.

vo visibilidad al fanatismo, el patriarcado, el nativismo y el nacionalismo en la esfera civil estadounidense. El miedo a que la amenaza de estas fuerzas pueda tener éxito, a que la democracia sea destruida, y a que se pierdan los logros alcanzados en las últimas cinco décadas en el plano de la igualdad. El feminismo, el anti-racismo, el multiculturalismo, los derechos sexuales, la ecología y el internacionalismo –todos ellos, en su fragilidad, han venido siendo objeto de un ataque feroz y continuado.

El miedo y el odio pueden ser fructíferos cuando permean la cultura y las estructuras sociales de una esfera civil que se mantiene vigorosa y es un *centro vital*⁴, (Schlesinger 1949; Alexander 2016; Kivisto 2019) que, aun mostrando debilidades, continúa resistiendo. En tales condiciones, florece una resistencia que hace frente a la victoria del *trumpismo*, por oscura y amenazante que ésta pueda ser. El *trumpismo* desafía no solo los compromisos morales y políticos de la izquierda, también las propias estructuras culturales y sociales de la esfera civil; y estas son las que proporcionan la base sociológica que apuntala la democracia política (Alexander 2006, 2018).

Por horroroso que esto sea en términos normativos, debemos entender que las fuerzas polarizadoras y excluyentes del *trumpismo* son “normales” en términos sociológicos –consustanciales a las dinámicas en desarrollo de nuestras esferas civiles. Únicamente cuando una fuerza tan *anti-izquierdista* desafía las premisas culturales y los fundamentos estructurales de la solidaridad civil, ésta constituye realmente un peligro fundamental para la democracia. El *trumpismo* puede tener todavía capacidad para ello, pero parece poco probable que lo sea en este momento. Para entender por qué, debemos abordarlo desde una perspectiva más integral: ¿cuáles son las estructuras culturales y sociales que subyacen a la esfera civil y cuáles son los tipos de dinámicas sociales que tienen lugar?

Lo primero que hay que reconocer es que el *trumpismo* y la *alt-right* no son una novedad, ni aquí, ni en otras sociedades en las que han venido teniendo lugar dinámicas de recíproca expansión y contracción de sus esferas civiles. Los estragos del *trumpismo* no son un fenómeno excepcional, ni que haya ocurrido por primera vez en la historia de los Estados Unidos. Éstos constituyen, en cambio, movimientos de reacción (Alexander 2013).

Los sociólogos han tenido la mala costumbre de pensar que el cambio social es lineal, una tendencia secular que en términos generales es progresiva, arraigada en los hábitos ilustrados de la modernidad, la educación, la expansión económica y los intereses sociales compartidos de la humanidad (Marshall 1965; Parsons 1967; Habermas [1984, 1987] 1981; Giddens 1990). Desde esta perspectiva, los movimientos conservadores aparecen como desviaciones, reflejo de la anomia y del aislamiento (Putnam 2000), como actores irracionales (Lipset y Raab 1970), a modo de un retroceso social o “muros de empatía” [*empathy walls*]⁵ (Hochschild 2016).

Pero la sociedad moderna de hecho nunca ha funcionado de esta manera. El progreso no tiene lugar de forma gradual; se desencadena por la acción de determinados movimientos, por vanguardias con una visión adelantada a su tiempo, cuyas acciones pueden vincularse a experimentos de ruptura provocativos y desestabilizadores (Garfinkel 1967; Tognato 2019), y cuyos triunfos, incluso cuando son menores y pasan desapercibidos, pero especialmente cuando son visibles y llamativos, se viven como una profunda amenaza para los intereses dominantes, tanto ideales como materiales, no solo en la base sino en la parte media e incluso alta de la sociedad. La acción [*frontlash*] siempre produce una reacción [*backlash*]: movimientos culturales, sociales y políticos que buscan frenar la expansión cosmopolita y la incorporación civil. La reacción no se produce porque las estructuras conservadoras y sus seguidores sean *anti-modernos*, irracionales e inclusive inusualmente intolerantes. Esta reacción se desencadena, más bien, porque las estructuras ideales y materiales del *statu quo* han sido desplazadas de forma abrupta, y aquellos que ocupaban tales estructuras desean volver a la situación de partida, en la que se encontraban, obviamente, y no solo desde una mirada retrospectiva, en mejor posición.

En los Estados Unidos, las acciones de movilización social marcaron a fuego la década de 1930 y el periodo de la Segunda Guerra Mundial. La reacción frente a la inclusión laboral, los desafíos al antisemitismo y el fanatismo étnico y racial, y la indignación *randiana* por las políticas de regulación económica *keynesianas* estallaron con una fuerza inusitada a finales de la década de 1940 y prevalecieron durante la siguiente: la ley *Taft-Hartley*, el *macartismo*, el fenómeno *stay-at-home mothers*, la doctrina segregacionista *separate-but-equal races*⁶, el conformismo con la Guerra Fría, y la represión sexual. La movilización contra las élites y de

⁴ El concepto *centro vital* [*vital center*] fue acuñado por el historiador e intelectual norteamericano Arthur M. Schlesinger y forma parte del título de su libro *The vital center: the politics of freedom*. Es un concepto que implica un grado de abstracción alto que alude a la tensión entre democracia y autoritarismo, y que “pone en el centro” a las instituciones de la democracia liberal como salvaguarda frente al totalitarismo. Algunas interpretaciones del término lo relacionan erróneamente con posiciones políticas de centro, con el *centrismo radical*, pero su significado y relación con el análisis de J. Alexander sobre la esfera civil hacen de él un concepto más amplio y complejo. La esfera civil es un *centro vital* en tanto que asume la existencia de una red de ciudadanos e instituciones con inclinaciones democráticas, que al margen de ideas políticas, actúan en el marco de un consenso de valores cívicos compartidos que entienden legítimos. Tal consenso no anula en caso alguno el conflicto y concibe que la democracia, siendo de naturaleza imperfecta, debe mantenerse y reformarse, prescindiendo de los cantos de sirena, críticas y formas de acción más radicales, no civiles, a derecha e izquierda del espectro político.

⁵ Arlie R. Hochschild acude al término *empathy walls* en su obra *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right* para referirse a los obstáculos y dificultades que nos encontramos las personas para comprender las posiciones políticas de otros grupos sociales, lo que puede llevarnos a sentir indiferencia o incluso hostilidad respecto de personas que tienen otras creencias o un origen y raíces diferentes. En su libro, la socióloga norteamericana, asume el reto de sortear estos obstáculos –el reto de saltar por encima de estos “muros de empatía”– para abordar las mutuas conexiones que existen entre los estilos y contextos de vida, sentimientos e ideas políticas de las personas. El objetivo es comprender, empatizar con el otro, establecer puntos de encuentro entre comunidades con puntos de vista políticos diferentes. En particular, entre la Norteamérica más progresista, en la que se reconoce esta académica de la Universidad de California, Berkeley, y los seguidores y simpatizantes de la derecha conservadora en ese país. Esta obra ha sido traducida al castellano y publicada en 2018 por la editorial Capitán Swing bajo el título *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha estadounidense*.

⁶ Wright Mills en su estudio *The Power Elite* describió la sociedad norteamericana de la década de 1950 como una sociedad de masas. Mills, figura

grupos ya asentados en la sociedad civil estalló nuevamente en la década de 1960 (Isserman y Kazin 2000; Kazin 1995: 165–268), provocando el miedo entre los intereses dominantes. Como reacción, en 1968 Richard Nixon emprendió una cruzada desde la Casa Blanca prometiendo, no sólo acotar los límites de la esfera civil, sino revertir los derechos civiles, el feminismo, y las políticas ambientales y en torno a la paz. Para afrontar un fracaso que podía ser inminente, Nixon trató de provocar dicha reacción a través de decididas medidas anticonstitucionales encaminadas a espiar y chantajear a aquellos que se oponían a él políticamente y en los procesos electorales —estos esfuerzos finalmente salieron a la luz pública y fueron castigados durante la crisis del caso *Watergate*. Tras un breve período que siguió al *Watergate*, el movimiento de reacción contra la incorporación civil se reanudó, tomando el control del poder político a nivel nacional durante una docena de años. Utilizando el gobierno central y sus palancas de acción, y la presidencia como altavoz, intentó socavar por todos los medios los logros alcanzados. Si bien el *reaganismo* tampoco logró bloquear los avances civiles, la paranoia conservadora fue progresivamente tornándose carcinógena durante los ocho años de centrismo político de Clinton, y la reacción conservadora regresó con una furia inusitada al poder de la nación durante la administración de Bush hijo: las medidas de discriminación positiva fueron rápidamente impugnadas, las políticas feministas socavadas, el ambientalismo silenciado, el patriotismo nacionalista se reavivó y las respuestas de carácter militar en el campo de las relaciones internacionales se fortalecieron.

El drama de esta dinámica de acción-reacción tiene hoy continuidad. Desde el ámbito de la *sociología crítica*, los sociólogos han tendido a dar por perdidos los años de la presidencia Obama, caracterizándolo de centrista, neoliberal, e incluso neoconservador. ¡Una caracterización que no comparten ni los blancos y ofendidos, las masas y las élites que apoyan el *statu quo*! Las políticas de Obama apuntaban hacia una política exterior de corte *post-imperialista*, una etnicidad estadounidense *post-blanca*, esto es, multicultural; y creó un nuevo y extenso programa de subsidios sociales financiado a través de impuestos (Alexander y Jaworsky 2014). ¡Siendo él una persona negra! Sin embargo, los años de gobierno de Obama fueron percibidos como un programa de avance por parte del *statu quo* preexistente. Esta percepción vino acompañada de un sentimiento de laceración que nuevamente desencadenó otra frenética reacción, esta vez encarnada en la figura de Trump. Esta reacción no es nueva, pero sí es peligrosa por sus mensajes de miedo y aversión dirigidos a la izquierda.

Lo que amenaza la democracia no son los episodios de la reacción conservadora. La reacción es inevitable siempre que la acción de ciertos movimientos desestabiliza los intereses dominantes al introducir, en nombre de la justicia, reformas que hasta ese momento no se contemplaban. La pregunta no es si los movimientos conservadores nos harán retroceder —de hecho, lo hacen y con frecuencia de manera exitosa—, más bien es si cuando lo logran la esfera civil puede sobrevivir.

La democracia descansa sobre la base de sentimientos compartidos de respeto mutuo y solidaridad, al margen de lo profundas que puedan ser las antipatías ideológicas y la pluralidad de intereses existentes. Es necesaria una visión concreta e históricamente compartida en torno al universalismo que trascienda los particularismos de clase, raza, género, sexo, territorio, religión y nacionalidad. Las dinámicas de acción-reacción tienen una gran capacidad para polarizar a la sociedad; su efecto a nivel fenomenológico provoca tal grado de ansiedad social que la solidaridad civil queda destruida. Lo que antes se encuadraba en el ámbito de lo civil —por ejemplo, la discriminación positiva— ahora se percibe de forma particularista. Grupos sociales e ideas antes respetados —los héroes confederados, por ejemplo— ahora son objeto de desprecio. ¿Puede mantenerse en estas condiciones la conciencia de un *centro vital* (Luengo e Ihlebæk 2019)? Sí, pero solo si la solidaridad civil es capaz de regular el conflicto de intereses materiales e ideales de modo que los enemigos se tornen «adversarios», de moderar la intensidad de las posturas antagonistas facilitando el «agonismo» (Mouffe 2000)⁷. Por un lado, los episodios o acciones de movilización [*frontlash*] deben ser tan *civil-izados* como para evitar el impulso revolucionario en favor de una agenda socialdemócrata (Marshall 1965). Por otro lado, las campañas y movilizaciones de reacción [*backlash*] revelan de forma persistente una ideología *anti-izquierdista* conservadora, sin embargo, tal conservadurismo también puede adquirir un carácter civil o no.

intelectual de referencia para la *New Left* que emerge en la siguiente década, se hacía eco de una acusada ausencia de grupos sociales intermedios en la sociedad civil con capacidad para conectar con la ciudadanía y para mediar ante la élite del poder: corporaciones empresariales, Gobierno e institución militar. Las restricciones legales a la acción y poder de los sindicatos que se materializó con la aprobación de la ley *Taft-Hartley* a finales de la década de 1940, o la caza de brujas impulsada por el senador Joseph McCarthy contra personas sospechosas de simpatizar con el comunismo, son una muestra del poder de estas élites tras su triunfo en la Segunda Guerra Mundial, al tiempo que se consolidaba la Unión Soviética como potencia mundial. El amplio predicamento entre la ciudadanía de costumbres y valores como el *stay-at-home-mothers*, que relegaba a las mujeres a un papel meramente doméstico y reproductivo, o las políticas que en la práctica mantenían la segregación racial aduciendo una hipotética igualdad legal, *separate-but-equals* (separados pero iguales), dan cuenta del hermetismo de esa sociedad en plena Guerra Fría, y del ascenso de la derecha radical en aquellos años (Bell, 1963). Tal hermetismo es el contexto en el que surge la actitud crítica y rebelde de los jóvenes de la generación *beat*, que una década más tarde sirvió de inspiración, y anticipó, el resurgimiento y expansión de la esfera civil de la mano de lucha por los derechos civiles, los movimientos estudiantiles, el pacifismo y la contracultura.

⁷ Chantal Mouffe en su libro *The Democratic Paradox*, disponible en castellano, define «agonismo» como “una forma distinta de manifestación del antagonismo, ya que no implica una relación entre enemigos sino entre «adversarios», término éste que se define de modo paradójico como «enemigos amistosos», esto es, como personas que son amigas porque comparten un espacio simbólico común, pero que también son enemigas porque quieren organizar este espacio simbólico común de un modo diferente”. Véase Mouffe, Chantal. 2012. *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa, p. 30.

Los filósofos Burke ([1790] 2009) y Oakeshott (1975) despliegan en sus respectivas reacciones de corte conservador un perfil civil moderado: no tengas tanta prisa, advierten a la izquierda; no seas tan arrogante como para verte a ti misma como guía de la racionalidad; preocúpate más por mantener la confianza y establecer lazos. Sin embargo, cuando la reacción adquiere un carácter más extremo, la ideología conservadora no se torna moderadamente anti-radical, sino revolucionaria: transita del «agonismo» al antagonismo, de las formas persuasivas a las violentas, de la esfera civil a la guerra civil, y de la democracia al autoritarismo. Y en el caso de que una reacción hubiera entrado en ebullición en la década de 1960, referentes como Malcom X y los *Black Panthers* podrían haber cristalizado como figuras y organizaciones políticas dominantes de esa época, en lugar de Martin Luther King y la *NAACP*⁸. Si la reacción conservadora entra hoy en ebullición, tendremos a Steve Bannon como el intelectual público dominante de la nación (Alexander 2019), a la *Fox* como el medio de comunicación más influyente, y las tesis del racismo blanco como base del Partido Republicano.

Si bien Trump flirteó con Bannon fue él quien ganó un poder que continúa ejerciendo, pero no por su radicalismo retórico, sino porque, contrariamente a lo que cabía esperar, ha estado dispuesto a representar los sentimientos de la reacción conservadora. Y los conservadores con un perfil civil moderado han respaldado a Trump porque de esta forma han podido aprovechar su presidencia para hacer retroceder los logros alcanzados en décadas anteriores. Por ejemplo, Trump «ha hecho más por la desregularización que ningún otro presidente en la historia», explicaba el presidente de *Freedom Works* (Peters 2018: 16). El proyecto de ley sobre impuestos regresivos, el vil menoscabo de las medidas de discriminación positiva, el ataque sin tapujos contra la igualdad de género, la libertad sexual y los derechos de voto —cada una de estas cuestiones socava lo que los ciudadanos situados a la izquierda y en el centro del espectro político han convenido en entender como elementos de nuestra esfera civil contemporánea en los Estados Unidos. Sin embargo, incluso si tales retrocesos debilitan la versión progresista de la esfera civil estadounidense, su propósito no es el de destruir la esfera civil como tal; no suprimen las reglas de juego de la competición electoral propias del conflicto «agonista», ni socavan los principios de tipo racional-legal de la regulación civil.

La retórica de Trump acostumbra de un de tono provocativo y de un estilo demagógico; pero ¿es esta cuestión retórica, su tono y estilo, un aspecto realmente antidemocrático, tal y como sugeriría la teoría social de referencia en el estudio del populismo (Arditi 2005; Mouffe 2005; Panizza 2005; Muëller 2017)? Trump arremete contra las noticias falsas y aquellos que ocultan la verdad, describiendo su posición como la racional y honesta. Llama a sus enemigos mentirosos y se presenta a sí mismo como el representante definitivo de la verdad. Ataca el egoísmo y presume de su propia generosidad. Se jacta de sacar a la luz chanchullos secretos y hace gala ante la opinión pública de una administración transparente. Ataca a las élites y a las clases altas, colocándose del lado del pueblo y prometiendo ampliar las reglas del juego político.

Pero esto no es nada nuevo. Estamos siendo testigos de un discurso binario ya trillado, que desde los inicios de la revitalización del populismo, ha venido a avivar y polarizar las dinámicas de recíproca expansión y contracción de nuestras esferas civiles (Kivisto 2017, 2019; Mast 2019a, 2019b; Enroth 2018). Todo líder con poder en una democracia, de derecha o izquierda (véase, por ejemplo, Kazin 2006), ha recurrido a este mismo esquema dicotómico para insinuar que sus oponentes están incapacitados civilmente, y que los únicos que están capacitados y dispuestos para la acción civil y para ser racionales, autónomos, abiertos, cooperativos, comprometidos con los problemas de ciudadanía y solidarios, son ellos y sus aliados.

Lo auténticamente peligroso hoy para nosotros no deriva de esta simplificación retórica de orden binario, “civil” *versus* “no civil” —al margen de lo desagradable que pueda parecer el desempeño con que la derecha recurre a ella. El peligro estriba, más bien, en cómo este lenguaje binario, ya habitual, permea las instituciones de la esfera civil que sustentan nuestra vida democrática. Es realmente frustrante la paradoja por la cual la solidaridad civil no puede materializarse en un lugar y tiempo concretos sin recurrir a lo que la psicoanalista Melanie Klein ([1957] 1975) llamó «*splitting*»⁹, en un sentido equivalente a lo que propone el *Strong Program* en sociología cultural con las estructuras discursivas que dan sentido a la experiencia social cotidiana a través

⁸ NAACP es el acrónimo en inglés de la *Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color*. La NAACP ha sido organización de referencia del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos durante decenios, dado el papel histórico y destacado que ha jugado en la lucha por el reconocimiento de los derechos de la gente de color en ese país. Su acción no se circunscribe únicamente a la década de 1960, ya que su origen se remonta a la primera década del siglo XX. Entre los fundadores de esta organización se encontraba el sociólogo, historiador y activista afroamericano William E. B. Du Bois. Las actividades y acciones de los diferentes capítulos locales y de las redes de activistas a que esta organización dio lugar durante la primera mitad del siglo tuvieron una importancia de primer orden para la creación, a principios de los sesenta, de asociaciones como la SNCC, *Student Nonviolent Coordinating Committee* (Coordinadora Estudiantil No Violenta). Esta última fue una de las más importantes del movimiento por los derechos civiles y estaba compuesta por numerosos estudiantes de color. La SNCC jugó un papel de primera magnitud en esa década. En particular en las campañas que inauguraron la lucha por los derechos civiles y las acciones de la SDS, *Students for a Democratic Society* (Estudiantes por una Sociedad Democrática), y de la *New Left* en ese decenio. Por ejemplo, la experiencia colectiva que tuvo lugar durante el verano de 1964, el *Freedom Summer*, cuando numerosos estudiantes universitarios se comprometieron con la lucha por el sufragio de los afroamericanos en Mississippi.

⁹ Para la psicoanalista Melanie Klein la noción de *splitting* alude a una operación mental de escisión o división por la cual durante la lactancia y la infancia dividimos o separamos los objetos entre buenos y malos, por ejemplo, el pecho materno, reprimiendo los atributos y rasgos que de los segundos nos provocan ansiedad o malestar, pero sin tener que rechazar tales objetos en términos absolutos. De este modo, pueden ser aprovechadas las cualidades gratificantes, buenas, frente a aquellas frustrantes, o malas, que de ellos mismos se derivan.

de la dicotomía “sagrado” *versus* “profano”¹⁰ (Alexander y Smith 2019). Los esquemas binarios ostentan un potencial inclusivo y renovador, pero también generan exclusión e involución. La estructura binaria del discurso civil da cuenta de la inherente precariedad de la solidaridad civil para manifestarse en un determinado momento histórico y espacio social concreto. Sin embargo, es tanto la flexibilidad de tal división [*splitting*], como la precariedad de su materialización, lo que precisamente y de hecho posibilita que los valores cívicos estén constantemente expuestos a una potencial transgresión, y las esferas civiles a un continuo proceso de reformulación a través de la acción de vanguardias; a veces en una dirección de progreso y emancipadora que sorprende. Al mismo tiempo permite que los nuevos límites que demarquen una reciente expansión en las esferas civiles se desvanezcan a consecuencia de un episodio de reacción.

El devenir de la solidaridad civil, su promoción y su degradación, está supeditado a que su discurso idealista en relación a acontecimientos y conflictos en curso se pronuncie expresamente en un lugar y tiempo concretos. Este es el papel que ejercen las instituciones civiles. Las instituciones comunicativas y reguladoras de la esfera civil median entre discursos amplios y abstractos de carácter binario, en un aquí y en un ahora. Por un lado, están las encuestas de opinión pública, las asociaciones civiles y, sobre todo, el periodismo que son medios de comunicación. Estos medios expresan valores y discursos democráticos como forma de representación de la solidaridad civil, al difundir juicios y opiniones con una gran repercusión pública en relación el carácter civil o no de determinados intereses, colectivos, movimientos y eventos. Estos juicios son independientes de los líderes y de los partidos más populares, quienes se jactan de hablar en nombre de, y de ser ellos mismos, el pueblo; –más allá de que mantengan una estrategia de acción o de reacción. Por otro lado, existen mecanismos que regulan las esferas civiles: el voto y los procesos electorales, la estructura de reglas impersonales de la función pública, y por encima de todo, el Estado de derecho que tiene su base en el imperio de la ley.

Las élites que organizan y representan a estas instituciones comunicativas y reguladoras son agentes de la esfera civil (Alexander 2018). Sus intereses materiales e ideales coinciden en la defensa de la autonomía de la esfera civil. Los agentes de la esfera civil arbitran los discursos carismáticos de los demagogos, mediante acciones entrecruzadas de interpretación y coerción, produciendo evidencias de carácter general y con un alto grado de verosimilitud fáctica que les permite malograr, arrestar y en ocasiones incluso mandar a prisión a los enemigos de la esfera civil. Tanto los periodistas de investigación, como los abogados inmersos en este tipo de cruzadas ambicionan la gloria. Sin embargo, sus anhelos de convertirse en héroes civiles pueden verse obstaculizados por la acción de demagogos populistas, a derecha e izquierda del espectro político, que creen que son los únicos capaces de hablar por el pueblo, –de forma directa y sin arbitraje, en su condición de vasos comunicantes de la voluntad popular en vez de como instrumentos del poder civil, como la única verdad que viene a representar la voluntad del pueblo.

Lo peligroso del *trumpismo* no es la expresión del lenguaje polarizador y binario de la reacción civil, sino que, al tiempo que se expresa en esos términos, a menudo parece empeñado en destruir la autonomía de las instituciones de la esfera civil. Así, la ideología de Bannon susurra al oído del hombre de negocios de derechas: usted es el único árbitro en lo relativo a dónde y a quién se le aplica el discurso de la sociedad civil; usted es el gallo del corral; usted es el *cuerpo místico del rey* y su cuerpo administrativo¹¹; no eres un ciudadano conservador que se achante, eres un revolucionario que se opone a los cauces civiles.

Este murmullo que emana de la figura de Trump puede hacer mutar la reacción civil de corte conservador hacia posiciones populistas. Cuando el proceso de representación se centra en un solo hombre en detrimento de instituciones comunicativas relativamente autónomas, prospera el *cesarismo* (Weber 1978). El poder sim-

¹⁰ La clásica dicotomía *durkheimiana* que distingue entre lo sagrado y lo profano ha sido proyectada por J. Alexander en sus análisis sobre la esfera civil desde su propuesta de un *programa fuerte* en sociología cultural. Los marcos de significado que atribuimos a los fenómenos sociales y a nuestra experiencia cotidiana serían ordenados, organizando así también nuestra realidad, siguiendo esta clasificación de códigos simbólicos que atiende al grado de intensidad que atribuimos al sentido de la acción y de los fenómenos como puros o impuros. La emergencia y expresión de la solidaridad civil en un tiempo y lugar concreto deriva de las acciones rituales encarnadas en la propia acción de las instituciones civiles y de la sociedad civil para purificar los elementos que contaminan o amenazan los valores democráticos de la comunidad, su discurso civil como expresión de lo sagrado: la libertad, la igualdad, la responsabilidad en el ejercicio del cargo, o el cumplimiento de la ley. Quedan entonces en el polo negativo, que se considera profano, aquellos aspectos que encarnan lo impuro y contaminante, que amenaza el discurso civil de la comunidad en ese momento y lugar: el personalismo, la represión, el clientelismo y la corrupción, o la arbitrariedad en el ejercicio del poder y del cargo.

¹¹ Aproximarse al concepto *cuerpo místico del rey* implica recurrir a Ernst Kantorowicz. Este historiador combatió en su juventud en la Gran Guerra, en las filas del ejército alemán, se enfrentó posteriormente a los partidarios de instaurar una República Soviética en Baviera y acabó huyendo del nazismo para instalarse en Estados Unidos en 1939. En su obra *The King's Two Bodies: A Study in Medieval Political Theology*, publicada en castellano por Alianza, y por Akal más recientemente, aborda la conceptualización de la figura del monarca absoluto en el transcurso del medioevo a la modernidad. El concepto alude a la doble naturaleza del rey, quien aúna bajo una única figura regia, dos entidades: una mortal y terrenal que encarna su persona, y otra que no perece y se mantiene en el tiempo como representación y expresión atemporal de la soberanía que el monarca absolutista ejerce por derecho divino, y que también encarnaría la persona del rey. Esta dualidad tiene su origen religioso en la figura de Cristo: el Jesucristo terrenal que da su vida por la salvación de la humanidad, y el cuerpo místico representado por Cristo, la iglesia y sus creyentes (como cuerpo administrativo), expresión imperecedera, o proyección, de Dios. Esta naturaleza dual informa, igualmente, de la dificultad que encontramos en los sistemas de legitimación racional-legal, (constitucionales), a la hora de separar las acciones que realiza la persona individual a cargo de una posición política, de las que realiza como representante de la institución política a la que se circunscribe tal posición, y en última instancia, como representante de la propia democracia en un sentido abstracto y atemporal. La actitud del cuerpo administrativo, de los seguidores y partidarios de la persona que ejerce cargo político, juega un papel de primera magnitud en democracia a consecuencia de la dificultad aludida, ya que puede convertirlos en dóciles y serviles objetos de poder en manos de líderes, que, amparados en una mística carismática y demagógica, quizá sientan la tentación de subvertir el cuerpo civil, sujeto a la ley y a los valores democráticos.

bólico súbitamente se percibe como meramente plebiscitario, y es el príncipe moderno (Gramsci 1959) quien encarna la voz del pueblo, a través de sus medios de comunicación, sus asociaciones, la elaboración de sus propias encuestas de opinión, sus jueces y tribunales, y su partido. Alentado por la presunción de que es él quien encarna el poder popular, el demagogo populista ya no solo monopoliza la representación simbólica del poder (Moffitt 2016), sino que además destruye la autonomía organizativa de las instituciones que regulan la esfera civil. Los populistas no pueden tolerar que sean los tribunales independientes quienes interpreten y administren el discurso civil. No pueden permitir que otras poderosas élites mediáticas decidan en su lugar quién y qué se presenta como más racional, más honesto, más veraz, más reservado, más opaco o más peligroso y amenazante. A medida que se destruyen las reglas impersonales que ordenan la función pública, las relaciones personales ganan peso en el ejercicio del poder, y reina la corrupción. Es entonces cuando el *patrimonialismo*, el servilismo y el *cuerpo místico del rey* se convierten en alternativas al poder civil, al ejercicio del cargo regulado constitucionalmente y a su arbitraje crítico e independiente. Con el ejercicio regulado del cargo público y el periodismo destruidos, las elecciones se convierten en una mera puesta en escena de demagogia dramática, en lugar de acontecimientos en los que participar de los desarrollos contingentes, «agonistas», y estético-morales del discurso binario.

Bajo tales condiciones de restricción discursiva y concentración institucional, los supuestos de una solidaridad universalizante se ven limitados de forma muy severa. Las esferas civiles se contraen, para reflejar cualidades primordiales del líder y del partido, que se han ya apropiado del poder de representación, de la etnicidad, del género, de la raza, la sexualidad y la identidad nacional del nuevo “monarca presidencial”. Las movilizaciones y episodios de reacción y acción dejan entonces de ser procesos dinámicos. En lugar de fases o momentos que conforman el movimiento pendular de la historia social y cultural, se convierten en *puncta*: [puntos] que detienen ese movimiento y amenazan con quebrar el engranaje de nuestra democracia, que es de una sutileza sorprendente, al tiempo poderosa, pero flexible, y cuya puesta a punto, en su precariedad, demanda de una gran precisión.

Además, cuando las esferas civiles adquieren rasgos populistas y se vuelven antidemocráticas, con frecuencia tal destrucción no ocurre de un día para otro. A medida que las fuerzas conservadoras espolean el retroceso demagógico, la reacción de las bases culturales e institucionales de las esferas civiles no se hace esperar. Para proteger sus intereses materiales e ideales, las élites civiles reaccionan defendiendo la autonomía del discurso crítico, el derecho a la independencia de los periodistas para interpretar la realidad al margen del poder personal del líder, y reclamando que los juicios emitidos por los medios únicamente sean evaluados en términos prácticos por jueces independientes y por los tribunales que se rigen por el derecho y la ley.

Esencialmente, las presentes acciones de resistencia son una lucha por mantener los avances alcanzados por las acciones y campañas de movilización, que posibilitan representaciones más humanas y solidarias en torno al género, el sexo, la etnia y la raza, así como su expansión y creciente institucionalización. Formalmente, sin embargo, esta resistencia opera defendiendo la estructura y cultura de la esfera civil, la independencia de las asociaciones civiles, la imparcialidad del arbitrio de la opinión pública, la profesionalidad del periodismo, la autoridad de los jueces, un sistema electoral justo e imparcial para el ejercicio del voto, y los estándares reglamentarios de carácter impersonal de la justicia. No son (frente a Laclau 2005) los representantes “del pueblo» en un plano retórico los que dirigen la resistencia, mucho menos la propia ciudadanía, sino las élites de la esfera civil y sus partidarios, grupos cuyos intereses ideales y materiales están vinculados a la construcción civil y mediada de la solidaridad nacional.

No es solo desafortunado sino potencialmente peligroso que los sociólogos se hayan interesado con tan poca frecuencia por teorizar sobre la democracia, y que cuando lo han hecho, no hayan podido comprender las complejidades culturales e institucionales que la sustentan (por ejemplo, Bourdieu 1996). Al igual que los populistas, enemigos de la esfera civil, los sociólogos han asociado de forma reiterada y reduccionista la democracia con los intereses materiales (Lipset [1960] 1981), la voluntad de las masas contra las élites del poder (Michels [1911] 1962; Schumpeter 1942; Mills 1956; Moore 1966), el triunfo de determinados grupos de privilegio sobre las clases más privilegiadas (Wright 2015), el asociacionismo y el activismo cívico en terna con las instituciones y los estados (Putnam 2000; Skocpol 2003), o con la acción pública frente al interés privado (Habermas [1963] 1989). Estas interpretaciones parciales alientan el efecto no intencionado de armonizar democracia y populismo (por ejemplo, Laclau 2005); cediendo, de este modo, no ya el terreno intelectual, si no el moral, a los enemigos de la democracia. La sociología entra a formar parte del escenario de polarización en el que actúan frentes de acción y reacción, en lugar de mantener la distancia respecto de ambos polos y situarse en una posición crítica para su comprensión. El ánimo de la democracia no es servir a determinados intereses particulares, sino a una noción de interés más amplia. Hay que albergar la esperanza de que la solidaridad se pueda concretar por cauces civiles, más que recurriendo a formas esencialistas, tal como se han venido definiendo y delimitando en cualquier momento histórico y lugar determinado.

Tratar de seguir procedimientos de carácter más civil conlleva siempre desmerecer las acciones de carácter civil de los otros, evocando de esta forma un discurso binario, del que Trump es un maestro persuasivo. El desafío es el siguiente: no podemos permitir que las imaginativas y sugerentes prácticas retóricas que ponen de manifiesto la aparente falta de civismo de aquellos que se sitúan a la derecha y a la izquierda polí-

tica puedan concentrarse en el potencial de representación de un líder y de un partido. La representación de la capacidad civil de la sociedad debe estar distribuida entre las instituciones comunicativas y reguladoras que filtran, pluralizan y detallan en términos «agonistas» los principios que permiten la integración y la exclusión. Como John Dewey argumentó hace un siglo, «más que una forma de gobierno», la democracia es «fundamentalmente un modo de vida asociativa, de experiencia comunicativa conjunta» (Dewey [1916] 1966: 87).

Referencias bibliográficas

- Alexander, J. C. (2006): *The Civil Sphere*, New York, Oxford University Press.
- Alexander, J. C. (2013): “Struggling over the Mode of Incorporation: Backlash against Multiculturalism in Europe”, *Ethnic and Racial Studies*, 36 (4), pp. 531-556.
- Alexander, J. C. (2016): “Progress and Disillusion: Civil Repair and Its Discontents”, *Thesis Eleven*, 137 (1), pp. 72-82.
- Alexander, J. C. (2018): “The Societalization of Social Problems: Church Pedophilia, Phone Hacking, and Financial Crisis”, *American Sociological Review*, 83 (6), pp. 1-30.
- Alexander, J. C. (2019): “Raging against the Enlightenment: The Ideology of Steven Bannon” en J. L. Mast y J. C. Alexander, ed., *Politics of Meaning / Meaning of Politics: Cultural Sociology of the 2016 U.S. Presidential Election*, New York, Palgrave, pp. 137-148.
- Alexander, J. C. y B. Jaworsky (2014): *Obama Power*, Malden, MA, Polity.
- Alexander, J. C. y P. Smith (2019): “The Strong Program in Cultural Sociology: Meaning First” en L. Grindstaff, M. C. M. Lo, y J. R. Hall, eds., *Routledge Handbook of Cultural Sociology*, 2nd ed., New York, Routledge, pp. 13-22.
- Arditi, B. (2005): “Populism as an Internal Periphery of Democratic Politics” en F. Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*, London, Verso, pp. 72-98.
- Bourdieu, P. (1996): *The State Nobility*, Malden, MA, Polity.
- Burke, E. [1790] (2009): *Reflections on the Revolution in France*, New York, Oxford University Press.
- Dewey, J. [1916] (1966): *Democracy and Education*, New York, Free Press.
- Enroth, H. (2018): “The Return of the Repressed: Populism and Democracy Revisited”, Unpublished manuscript, Department of Political Science, Linnaeus University, Växjö Sweden.
- Garfinkel, H. (1967): *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- Giddens, A. (1990): *Consequences of Modernity*, Malden, MA, Polity.
- Gramsci, A. (1959): *The Modern Prince and Other Writings*, New York, International Publishers.
- Habermas, J. [1963] (1989): *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, MA, MIT Press.
- Habermas, J. [1981] (1984, 1987): *Theory of Communicative Action*, vols. 1 y 2., Trad. T. A. McCarthy, Boston, Beacon Press.
- Hochschild, A. R. (2016): *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, New York, New Press.
- Isserman, M. y M. Kazin (2000): *America Divided: The Civil War of the 1960s*, New York, Oxford University Press.
- Kazin, M. (1995): *The Populist Persuasion: An American History*, Ithaca, NY, Cornell University Press.
- Kazin, M. (2006): *A Godly Hero: William Jennings Bryan*, New York, Random House.
- Kivisto, P. (2017): *The Trump Phenomenon: How the Politics of Populism Won in 2016*, Bingley, UK, Emerald Publishers.
- Kivisto, P. (2019): “Populism’s Efforts to Delegitimize the Vital Center and the Implications for Liberal Democracy” en J. L. Mast y J. C. Alexander, eds., *Politics of Meaning/Meaning of Politics: Cultural Sociology of the 2016 U.S. Presidential Election*, New York, Palgrave Macmillan. pp. 209-222.
- Klein, M. [1957] (1975): *Envy and Gratitude and Other Works, 1946-1963*, New York, Free Press.
- Laclau, E. (2005): *On Populist Reason*, London, Verso.
- Lipset, S. M. [1960] (1981): *Political Man: The Social Bases of Politics*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.
- Lipset, S. M. y E. Raab (1970): *The Politics of Unreason: Right-Wing Extremism in America, 1790-1970*, New York, Harper and Row.
- Luengo, M. y K. A. Ihlebæk (2019): “Restaging a Vital Center within Radicalized Civil Societies: The Media, Performativity, and the *Charlie Hebdo* Attack” en J. C. Alexander, T. Stack, y F. Khosrokhavar, eds., *Breaching the Civil Order: Radicalism and the Civil Sphere*, New York, Cambridge University Press.
- Mast, J. L. (2019a): “Introduction: Fragments, Ruptures, and Resurgent Structures: The Civil Sphere and the Fate of ‘Civilship’ in the Era of Trumpism”, en J. L. Mast y J. C. Alexander, eds., *Politics of Meaning/ Meaning of Politics: Cultural Sociology of the 2016 U.S. Presidential Election*, New York, Palgrave, pp. 1-16.
- Mast, J. L. (2019b): “Legitimacy Troubles and the Performance of Power in the 2016 U.S. Presidential Election”, en J. L. Mast y J. C. Alexander, *Politics of Meaning/Meaning of Politics: Cultural Sociology of the 2016 U.S. Presidential Election*, New York, Palgrave, pp. 243-266.
- Marshall, T. H. (1965): *Class, Citizenship, and Social Development: Essays*, New York, Free Press.
- Michels, R. [1911] (1962): *Political Parties: A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, New York, Free Press.
- Mills, C. W. (1956): *The Power Elite*, New York, Oxford University Press.
- Moffitt, B. (2016): *The Global Rise of Populism: Performance, Political Style, and Representation*, Stanford, CA, Stanford University Press.
- Moore, B. Jr. (1966): *The Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Boston, Beacon.
- Mouffe, C. (2000): *The Democratic Paradox*, London, Verso.

- Mouffe, C. (2005): “The ‘End of Politics’ and the Challenge of Right-wing Populism” en F. Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*, London, Verso, pp. 50-71.
- Müller, J. W. (2017): *What Is Populism?*, New York, Penguin.
- Oakeshott, M. (1975): *On Human Conduct*, New York, Oxford University Press.
- Panizza, F. (2005): “Introduction: Populism and the Mirror of Democracy” en F. Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*, London, Verso, pp. 1-31.
- Parsons, T. (1967): *Sociological Theory and Modern Society*, New York, Free Press.
- Peters, J. W. (2018): “President Jabs Back at Kochs in Trade Feud”, *New York Times*, August 1.
- Putnam, R. (2000): *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, New York, Simon & Schuster.
- Schlesinger, A. M. (1949): *The Vital Center: The Politics of Freedom*, New York, Houghton Mifflin.
- Schumpeter, J. A. (1942): *Capitalism, Socialism, and Democracy*, New York, Harper and Brothers.
- Skocpol, T. (2003): *Diminished Democracy: From Membership to Management in American Civic Life*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Tognato, C. (2019): “Radical Protest in a University Campus: Performances of Civil Transition in Colombia” en J. C. Alexander, T. Stack, y F. Khosrokhavar, eds., *Breaching the Civil Order: Radicalism and the Civil Sphere*, New York, Cambridge University Press.
- Weber, M. (1978): *Economy and Society*, vol. 2, Berkeley, University of California Press.
- Wright, E. O. (2015): *Understanding Class*, London, Verso.

2. En defensa de la democracia liberal. La superposición del binomio “acción-reacción” y la politización de la vida social como amenazas a la democracia, por Rubén Díez García

El actual presidente de los Estados Unidos, el demócrata y exvicepresidente de Barack Obama, Joe Biden, tomó posesión de su cargo el 20 de enero de 2021, dejando atrás la presidencia de Donald Trump, quien albergó la Casa Blanca desde enero de 2017. El ensayo del sociólogo norteamericano Jeffrey Alexander, ‘*Frontlash/Backlash: The Crisis of Solidarity and the Threat to Civil Institutions*’, cuya traducción aquí incluimos, fue escrito en 2018 cuando, parafraseando al propio autor, comprobamos que el histriónico presidente Trump se había erigido como representante de los sentimientos de una reacción conservadora en ese país. Esta reacción, por otra parte, ya era notoria desde la administración Obama y, a pesar de la derrota del *trumpismo* en las urnas en noviembre de 2020, seguirá vigente muy probablemente como ha ilustrado la tortuosa transición de poderes entre las administraciones de Trump y Biden¹².

La reacción conservadora ha abarcado, a juicio de Alexander, a las fuerzas de la *alt-right*, pero también a los sectores conservadores con un perfil civil más moderado. El ascenso de Trump a la presidencia de los Estados Unidos ha implicado, sin embargo, algo más que una mera reacción a las políticas de los demócratas y los avances civiles impulsados por organizaciones de la sociedad civil y movimientos sociales en las últimas décadas. Este tipo de dinámica de acción-reacción, como nos recuerda Alexander en su ensayo, es algo consustancial al propio proceso democrático y ha sucedido en otros momentos de la historia de ese país –un continuo incluso, me permito añadir, muestra de la tensión entre organización social y cambio en las sociedades democráticas contemporáneas (Díez García, 2019).

Trump es la punta del iceberg de un fenómeno de mayor calado que informa de la interrelación entre los estratos intersubjetivos de la vida social, la esfera política y las estructuras tecno-económicas. En 1962 el también norteamericano Daniel Bell incluyó en un libro reeditado por él, *The Radical Right*, un primer capítulo que llevaba por título *The dispossessed*¹³. En ese texto Bell resalta no sólo la importancia que tienen las cuestiones económicas o los intereses materiales e ideales de distintos grupos sociales en el ascenso de la *derecha radical* en los Estados Unidos de mediados del siglo XX, sino que enfatiza una dimensión psicológica y

¹² En los primeros días del año en que estoy cerrando este texto ha tenido lugar un traspaso de poderes entre la administración saliente y entrante sin precedentes en la historia de este país. Trump ha venido poniendo en tela de juicio la limpieza del proceso electoral y los resultados obtenidos, y ha alentado las protestas y movilizaciones de sus votantes y partidarios bajo el argumento de que ha existido un fraude electoral. Incitados por la demagogia, irresponsabilidad y conducta antidemocrática de su líder, en torno a la conjura de ese fraude electoral, cientos de sus partidarios más radicales y extremistas han protagonizado uno de los episodios más oscuros de su vida democrática: el asalto violento del Capitolio el 6 de enero de 2021, día en que se confirmaba la victoria de Biden en la sede del poder legislativo. La fuerte polarización que vive la sociedad norteamericana y la amplia base social del *trumpismo* y de la reacción conservadora –más allá de Trump, su heterogeneidad y de las formas civiles o no que pueda adoptar en el futuro, siguiendo a Alexander– auguran un proceso abierto y complejo para la expresión de la solidaridad civil en ese país.

¹³ Esta obra no ha sido traducida al castellano –aún–, pero perfectamente puede traducirse como *La derecha radical*, y su primer capítulo, *Los desposeídos*. El libro es la ampliación y adaptación de la primera edición original *The New American Right* que vio la luz en 1954. En el prefacio a esta segunda edición se alude al sociólogo Seymour Lipset como el autor que acuñó el término *radical right*, empleado por primera vez en la edición original. Ambas cuentan con las contribuciones de prestigiosos sociólogos de la época, como Daniel Bell, Nathan Glazer, Talcott Parsons o Seymour Lipset, entre otros, y de historiadores como Richard Hofstadter. Algunos de estos académicos formaban parte del grupo de intelectuales de Nueva York, (*The New York Intellectuals*), en su mayoría de origen judío. Con este grupo se relacionan, a lo largo de diferentes generaciones de intelectuales, desde figuras clave como Hannah Arendt, o Arthur Schlesinger, Jr. –a cuyo concepto *centro vital* [*vital center*] alude Alexander en su ensayo–, hasta Irving Howe e Irving Kristol, coetáneo de Bell, Glazer y Lipset, e intelectual de referencia en el impulso de la corriente neoconservadora de los años 80 del siglo pasado. En particular, la generación de Bell, Lipset, Kristol y Glazer, mantuvo durante su juventud posiciones políticas y militantes de izquierdas, y una firme convicción *anti-estalinista* y contraria a los postulados del socialismo soviético. De origen humilde, pasaron por el City College de Nueva York en la década de 1930, institución educativa de referencia para los hijos de las clases trabajadoras de la época.

emocional que es clave: la relevancia de las propias bases psicosociológicas que subyacen a los sentimientos de impotencia, frustración y resentimiento a la que se ven abocados determinados grupos sociales a consecuencia de los cambios culturales y en la estructura social que tienen lugar en una sociedad.

Estos grupos sociales perciben un menoscabo en el reconocimiento social que, como grupos de estatus, proyectan ante el resto de la sociedad (*status politics*). Los individuos se reconocen en estos grupos, no sólo en términos de mejora o merma de su posición económica relativa respecto de otros grupos como resultado de la reconfiguración de los sistemas productivos y de la estructura ocupacional (*class politics*). En ocasiones, la mejora en la situación financiera no va acompañada de un reconocimiento social acorde a la posición económica, en otras, es la posición relativa de estatus la que no encuentra correspondencia en la mejora de su situación financiera (Lipset, 1962). Y en otras muchas, en último término, descubrimos que la vida democrática es ese ámbito en el que se proyectan las aspiraciones o frustraciones de reconocimiento y prestigio de diferentes grupos sociales en conflicto (Hofstadter, 1962).

La relación entre ambas perspectivas –*class politics* y *status politics*– es de utilidad para analizar las alianzas entre grupos sociales con intereses materiales e ideales en principio contrapuestos. Estos grupos pueden alinearse ante el miedo y la frustración que en ellos despierta el desplazamiento de los sistemas normativos –y los cambios en la estructura tecnológica, productiva y ocupacional– por el empuje, alianzas, e incorporación civil de otros grupos sociales con intereses materiales e ideales diferentes. Los primeros, entonces, pueden entrar en conflicto con los segundos, quienes, en ocasiones, adquieren influencia social y reconocimiento por la acción de vanguardias que abanderan el cambio a través de la expansión y formalización de sistemas valorativos y prácticas sociales emergentes, logrando una mayor capacidad de influencia política o una mayor presencia y centralidad en los sistemas de estratificación social.

En estas dinámicas la cuestión generacional juega también un papel de gran relevancia como puso de manifiesto la emergencia de los indignados del 15-M y otros movimientos sociales en el pasado (Díez García y Laraña, 2017), o como señalan los análisis de Norris e Inglehart (2019) en relación al auge del *populismo autoritario* en Europa y Estados Unidos. Sus datos apuntan a la existencia de fuertes diferencias intergeneracionales en el apoyo a partidos populistas de la derecha radical. Los más jóvenes, que atesoran valores *postmaterialistas*, serían aquellos entre los que estos partidos suscitan menos apoyos, en contraste con las generaciones con una visión más tradicional y materialista, y las personas, sobremanera hombres, con menor nivel educativo y de zonas rurales, que muestran una tendencia mayor a votarlos. Sin embargo, estos datos se circunscriben al ámbito de la política formal y son de carácter macro. Estas dinámicas de acción-reacción desbordan dicha esfera y tienen lugar también en el primer plano de las relaciones sociales cotidianas de los individuos –y de forma latente en medios digitales– y en los *grupos intermedios* de la sociedad civil que defienden intereses materiales e ideales particulares. Por esta razón, tales conclusiones deben tomarse con precaución, ya que –además de llevarnos a pasar por alto datos como que en las últimas elecciones de 2020 el 42% de las mujeres votó por Trump– pueden enmascarar otras dinámicas que contradicen tales aseveraciones de carácter *macrosociológico*. Por ejemplo, la importante base juvenil de corrientes y subculturas activistas como la *alt-right* (Nagle, 2017).

La esfera civil es ese conjunto de valores cívicos e instituciones civiles que sustentan nuestra vida democrática, y que se proyectan en estructuras discursivas que posibilitan la emergencia de un tipo de conciencia colectiva que Alexander (2018) denomina *solidaridad civil*¹⁴. Este marco institucional y de valores cívicos compartidos (Díez García y Laraña, 2017) compromete a gobernantes, ciudadanos, sociedad civil e instituciones. El cauce a través del cual es previsible que se desarrollen en las sociedades democráticas estos procesos de incorporación civil y dinámicas sociales de conflicto y cambio, que acabo de señalar. Alexander enuncia su propuesta, de este modo, desde una posición acorde a los fundamentos de los sistemas de legitimación racional-legal del orden social moderno (Weber, 2002 [1922]), incorporando y desarrollando para ello un enfoque *culturalista* de marcado carácter funcional-estructuralista –sin renunciar por ello al interaccionismo y los estratos intersubjetivos de la acción social (Alexander, 2017).

No parece equivocado afirmar que su perspectiva sociológica y concepción sobre las premisas cívico-culturales de la vida democrática son fieles herederas del proyecto de la modernidad y del modelo de democracia liberal. Es el propio autor, no obstante, quien nos advierte en su ensayo acerca de un vicio en el que suele incurrir la disciplina sociológica de forma recurrente: el de entender que el progreso es un proceso lineal y gradual. Por ello Alexander llama nuestra atención sobre las dinámicas de acción-reacción que modulan el cambio social, incorporando a su modelo analítico aquellos actores culturales, sociales y políticos que se oponen y reaccionan al desplazamiento de estructuras materiales e ideales dominantes que han sido objeto de cambios abruptos. Pero no sólo, adicionalmente, nos advierte de una cuestión clave que suele pasar desapercibida, por incomoda, a una buena parte de la disciplina: tanto los episodios y movimientos de acción –en una dirección de avance y “progreso social”– como la reacción –conservadora– pueden adquirir formas, y seguir cauces civiles, o bien no hacerlo.

¹⁴ Las instituciones civiles para Alexander son de dos tipos, comunicativas (o de comunicación) –medios de comunicación, opinión pública y encuestas, y asociaciones civiles–, y reguladoras (o de regulación): el voto, los partidos políticos, la función pública, y, por último, la ley, el derecho y las constituciones democráticas.

Alexander es reacio en su ensayo a estigmatizar *per se* la reacción conservadora del *trumpismo* por su discurso demagógico y binario. Más bien se inclina por destacar el peligro que supone su pulsión populista de cuestionamiento de los valores fundamentales e instituciones civiles de la democracia¹⁵. Lo que debería inquietarnos es que una reacción civil de corte conservador pueda mutar *de facto* hacia posiciones populistas de derecha radical, o incluso antidemocráticas –de *extrema derecha*– (Mudde, 2019). Y llegado este punto, es claro y conciso: el auténtico peligro reside en la demagogia del líder populista –a un extremo y otro del espectro político-ideológico– (Alexander, 2020), que se erige como portavoz único de la voluntad popular –i.e. “el pueblo soy yo” (Krauze, 2018). Algunos autores no menosprecian las posibilidades que cierta pulsión discursiva populista pudiera introducir en la vigorización y activación del *demos* (Mudde y Rovira, 2017; Norris e Inglehart, 2019). Si bien no hay que equivocarse, nos recuerda Álvarez Junco¹⁶, los que lo invocan, anhelan el poder y cuando lo alcanzan no recurren a formas civiles. El populismo, inclusive en su función expresiva o demagógica, muestra una tendencia *natural* a tensionar, por un lado, la independencia de la función pública, y autonomía de los *cuerpos intermedios* de la sociedad civil y de los medios, y por otro, los mecanismos institucionales de regulación de la esfera civil de las democracias liberales:

“John [McCain] era un buen tipo, conservador, creedme (...) pero él sabía que algunos principios están por encima de las ideas políticas, que algunos valores trascienden la lucha partidista. Él consideraba parte de su deber defender esos principios y defender esos valores. John se preocupaba por las instituciones de autogobierno, de nuestra Constitución, de nuestra Carta de Derechos, del imperio de la ley, de la separación de poderes, e incluso de las reglas tácitas y procedimientos del Senado. Él sabía que, en una nación tan grande, turbulenta y diversa como la nuestra, tales instituciones, tales reglas y normas son las que nos mantienen unidos, las que nos dan forma y ordenan nuestra vida en común, incluso cuando discrepamos, especialmente cuando discrepamos”¹⁷.

En estos términos se expresaba Obama en el funeral del republicano John McCain en septiembre de 2018, refiriéndose implícitamente al presidente Trump, quien no fue invitado al acto por expreso deseo de la familia del conservador McCain. Esta parte del elogio fúnebre de Obama da buena cuenta de las reglas de juego y de los principios de legitimación racional-legal que regulan nuestras democracias, y que incluyen la obediencia al cargo y responsabilidades de la función pública, y las normas que regulan el voto y el sistema de partidos. Estos últimos, junto a la clase política, deben asumir su responsabilidad en la salvaguarda de estos principios para evitar que el populismo anide entre sus filas y organizaciones políticas (Levitsky y Ziblatt, 2018). Del otro lado, los *grupos intermedios* de la sociedad civil y los medios de comunicación, que deben mantener su autonomía en la expresión y articulación del pluralismo de las sociedades democráticas, y mediar entre el plano individual de las relaciones sociales y aquellos ámbitos donde se toman las decisiones que afectan a los ciudadanos en su vida cotidiana (Durkheim, 1985 [1893]; 1958; Kornhauser, 1959; Díez García y Laraña, 2017).

En las formas más esencialistas de democracia –de discursos y líderes demagógicos, de organizaciones populistas, de prácticas plebiscitarias y *cesaristas*– las instituciones civiles ven mermada su capacidad mediadora y de arbitraje de la multiplicidad de intereses materiales e ideales, dificultando la expresión de la solidaridad civil. Es el líder, el partido, o movimiento el que se erige como voz del pueblo, apelando a identidades colectivas enunciadas exclusivamente en una clave binaria de pertenencia. Pero estas formas de democracia –que en los últimos tiempos vienen acompañadas del apelativo *iliberal*¹⁸– no surgen de un día para otro, nos advierte Alexander.

El populismo en sus formas más extremas, especialmente si alcanza el poder, prospera a través de la cooperación de las instituciones civiles y de los espacios intermedios, silenciando o apartando del debate público a quienes enuncian posiciones alternativas a su proyecto político, en ocasiones, subvirtiendo la ley, y despresigiando al discrepante –y con frecuencia mediante la exclusión civil de las voces discordantes. Si la máxima

¹⁵ La relación entre democracia, valores cívicos y legalidad despierta notables recelos, no ya entre diversos movimientos sociales y activistas, sino entre académicos que priman el ideal de *demos* –la soberanía o la deliberación entre ciudadanos a la que debe quedar supeditada el cumplimiento de leyes y normas– y/o que en ocasiones suelen asociar de forma unívoca el concepto de liberalismo con el liberalismo económico, que hoy día recibe el apelativo de *neoliberalismo*. La democracia liberal, sin embargo, se fundamenta en el liberalismo (político), en el constitucionalismo, –como sistema de legitimación racional-legal–, si nos remitimos al origen del término liberal en el siglo XIX, que hunde sus raíces en la Constitución de Cádiz de 1812 y en las revoluciones liberales de ese siglo para proyectarse y ser adoptado en países como Inglaterra o Francia (Rivero, 2019). Asimilar el incumplimiento de la ley con la desobediencia civil como medio legítimo para enfrentarse y hacer valer una determinada posición o proyecto político en situaciones que se perciben como injustas es una lógica argumental y de acción, que permite la justificación moral del desarrollo de acciones de protesta y de desobediencia civil –que se encuadran en el juego y contradicciones que el propio marco democrático tolera–, pero esto no daría derecho *per se* a incumplir y desobedecer la ley de forma arbitraria, o subvertir los principios constitucionales sobre los que se sustentan dichas leyes.

¹⁶ *Virtudes y peligros del populismo*. Publicado en 2014 en el diario El País. Disponible en https://elpais.com/elpais/2014/11/04/opinion/1415132749_364183.html

¹⁷ Traducción del autor. Extracto del elogio fúnebre pronunciado por el expresidente Barack Obama durante el funeral del senador republicano John McCain, el 1 de septiembre de 2018. El senador McCain fue candidato a la presidencia de los Estados Unidos en la campaña electoral de 2008, en la que se enfrentó a Barack Obama. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=raDyWogvQ2Y&t>.

¹⁸ “No liberal”, *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. <https://dle.rae.es/iliberal>. El uso del adjetivo *iliberal* ha cobrado relevancia en las últimas décadas desde la publicación en 1997 del premonitorio *The rise of illiberal democracy* de Fareed Zakaria en *Foreign Affairs*, <https://www.foreignaffairs.com/articles/1997-11-01/rise-illiberal-democracy>.

expresión de este tipo ideal de proyecto político culmina exitosamente en un lugar y tiempo concretos, se abre las puertas a que sea un proyecto antidemocrático y autoritario lo que cristalice. La llegada al poder de la *extrema derecha* en Polonia y Hungría, o la perpetuación de dictadores y *populistas de izquierda* en países latinoamericanos como Venezuela o Nicaragua, por ejemplo, son muestra de ello.

En Estados Unidos, la fuerza y vigor de su esfera civil habría contrarrestado, *a priori* y en un primer asalto, a la vista de los acontecimientos acaecidos en enero de 2021, el populismo de Trump que ha sido derrotado en las elecciones de 2020. Al otro lado del atlántico, los británicos degustan los (*sin*)sabores del populismo con un Brexit que definitivamente se ha consumado. En España, la agenda nacionalista y la violencia terrorista –del pasado– por parte de la izquierda radical en el País Vasco, y las iniciativas y acciones del movimiento independentista en Cataluña –más recientemente– son ejemplos *de facto* de, en su día, un proyecto antidemocrático y totalitario, el primero (Laraña, 1999, 2001; Llera, 2013) y de un proyecto de corte populista, el segundo (Barrio, Barberà y Rodríguez-Teruel, 2018; Wind, 2020). En otro plano se sitúan las lógicas discursivas populistas de la *derecha radical* de VOX y el *populismo de izquierdas* de Podemos (Turnbull-Dugarte, Rama y Santana, 2020; Rooduijn, et al., 2019; Sola y Rendueles, 2017). Parece razonable estar atentos a su desarrollo y maniobras respecto de las instituciones civiles, sobremanera, una vez se han instalado en instituciones de gobierno.

En otro escalafón encontramos colectivos y organizaciones extremistas y radicales más minoritarias, frecuentemente de carácter extraparlamentario y no civil. Desde una perspectiva político-profesional (Melucci, 1989; Díez García y Laraña, 2017) es usual la utilización de los apelativos *extrema izquierda* y *extrema derecha* para referirse a ellas¹⁹. En España, si bien sus resultados electorales han sido pobres en su vertiente institucional, los enfrentamientos y la polarización derivada de su presencia pública y acciones colectivas han llamado habitualmente la atención de los medios y de la academia más politizada. Con el nuevo milenio, las primeras han experimentado transformaciones de relevancia, sobremanera, dentro del marco de acción que abrió el surgimiento del 15-M, la aparición de Podemos y el municipalismo (*ibid.*). A la par, se ha dado un fenómeno novedoso de *resignificación* de las prácticas, discursos e identidad colectiva en el caso de las segundas con la aparición de nuevos colectivos y asociaciones de “ayuda y solidaridad vecinal”, como Hogar Social, que manteniendo su carácter *nativista*, xenófobo y excluyente, se articulan, a un tiempo, como una renovación en clave generacional²⁰ de comunidades con formas de activismo político de carácter alternativo, siguiendo la senda de otras experiencias europeas (Jiménez y Álvarez-Benavides, 2019).

Estos procesos de *resignificación* de las segundas, que las propias organizaciones y colectivos presentan como *giro alternativo*, no son un fenómeno singular, ni se circunscriben al surgimiento en Europa a finales del siglo XX de organizaciones políticas de nuevo cuño que combinan diferentes dosis de *nativismo*, autoritarismo y populismo. Hunden sus raíces en los cambios que se vienen producido en paralelo en redes latentes de grupos de base, organizaciones de movimientos sociales y subculturas activistas, mediáticas e “intelectuales” afines. Estas últimas han cobrado visibilidad a raíz de que nuevos partidos populistas de *derecha radical* se hayan consolidado a nivel institucional en este nuevo milenio (Mudde, 2019) –y que este autor define como de cuarta ola en el desarrollo de estas organizaciones políticas. La consolidación de estos partidos informa, asimismo, del potencial persuasivo y poder de definición colectiva que han alcanzado hoy organizaciones de base y de la sociedad civil, y subculturas activistas, con las que pueden compartir elementos discursivos, en diferente grado, en torno a diversas controversias y debates públicos. Estas redes han adquirido una considerable capacidad de resonancia pública a nivel nacional e internacional a través de su dominio de las redes y medios digitales, los ensayos para establecer lazos y alianzas supranacionales, y la aplicación de estrategias y repertorios clásicos de los movimientos sociales (Durham y Power, 2010; Caiani y Kröll, 2014; McDonnell y Werner, 2019; Rone, 2021).

Adicionalmente, si bien el “marxismo cultural” es objeto feroz de las críticas de estas corrientes activistas, organizaciones políticas y de base, éstas se han valido –dado el potencial que ofrecen para la acción política– de las propias estrategias que desarrolló la *New Left* en la década de 1960, de las teorías sobre la hegemonía cultural de Gramsci –algo que ya hiciera la *nouvelle droite* francesa como reacción a la *New Left* (Nagle, 2017)–, y de las teorías críticas de la Escuela de Frankfurt. La reelaboración y adaptación de estos autores y teorías *postmarxistas* y del “marxismo cultural” ha desembocado en este nuevo milenio en el *populismo de izquierdas* como guía de acción para episodios y movimientos de acción *frontlash*. Y ha brindado a un tiempo a las facciones más radicales de la reacción –*backlash*– la oportunidad de aglutinar adeptos y simpatizantes en torno a una *comunidad referencial* alternativa y contrapuesta a las que proyectan enfoques teóricos en torno a las *políticas de la identidad* y movimientos sociales por la justicia social –con una fuerte implantación en las universidades, y entre élites políticas y mediáticas (Rorty, 1998; Sokal y Bricmont, 1999; Pluckrose y Lindsay, 2020).

Un caso reciente y paradigmático de estas dinámicas es la que ha protagonizado la *derecha alternativa* norteamericana en su alianza con Trump. La autodenominada *alt-right* surgió de forma latente como un

¹⁹ Otras categorías y etiquetas que suelen utilizarse para referirse a organizaciones políticas y movimientos sociales desde esta perspectiva, además de las de «izquierda» y «derecha», son las de «progresista» y «conservador», en clara sintonía con el sentido que Alexander otorga a los episodios, movilizaciones o campañas de acción *frontlash* y reacción *backlash*.

²⁰ En sentido contrario a los análisis y conclusiones de Norris e Inglehart (2019), que se circunscriben al ámbito de la política formal.

movimiento generacional y de estilo contracultural²¹, en torno a foros, revistas, redes sociales y videojuegos bélicos en la red. De la mano de figuras como Steve Bannon, entre otros, acabó por proporcionar a Trump y al *trumpismo* de un discurso político particular y diferenciado al del conservadurismo clásico, con simbología, lemas y “memes” distintivos, y una base social de seguidores estable y comprometida que le permitió alcanzar la Casa Blanca (Hawley, 2017; Nagle, 2017); abanderando así la reacción conservadora a las políticas de la administración Obama y de los movimientos sociales por la justicia social.

En su heterogeneidad y diferentes grados de politización, compromiso, radicalidad o formas civiles, estos movimientos y organizaciones dotan a sus seguidores y simpatizantes de una identidad colectiva, de un sentido de pertenencia a una comunidad de referencia, en torno a una visión alternativa de la sociedad, que no ofrecen los partidos políticos tradicionales. Las personas que se reconocen en esa identidad colectiva pueden llegar a compartir ideas y creencias en torno a *quiénes son y qué lugar ocupan en la sociedad* más o menos alejadas de los valores democráticos de igualdad y universalismo que sustentan la comunidad política, y que expresan en diferentes grados de inconformismo y mofa, transgresión e incorrección política, *nativismo*, xenofobia o *supremacismo*, e *identitarismo*. Pudiendo demostrar, particularmente, una fuerte hostilidad y rechazo hacia las *políticas de la identidad* –amarga paradoja del carácter reflexivo de la identidad. Para ser exactos, profundos sentimientos de antipatía, resentimiento y animadversión hacia los grupos sociales y elites mediáticas y políticas que las celebran y practican, y lo que quizá sea más relevante en términos de estrategia política, hacia los que las consienten: las élites conservadoras y liberales.

Lo atrayente y sugestivo del planteamiento de Alexander sobre la condicionalidad del carácter civil que pueden adquirir los episodios y movilizaciones de acción y reacción, es que da pie a reflexionar –desde una perspectiva sociológica– sobre las propias categorías político-profesionales que empleamos para interpretar y aproximarnos a la realidad social; y sobre su juicio respecto de los avances civiles y los logros sociales. Estos son avances y logros que pueden entenderse como un tipo de enunciación del proyecto ilustrado de la modernidad, si bien, reacondicionado a la complejidad y circunstancias de las sociedades democráticas de la modernidad tardía. Dicho de otro modo, siguiendo a Alexander, que los avances sociales no son lineales y progresivos, sino resultado de las tensiones y conflictos en torno a intereses materiales e ideales de grupos que demandan reconocimiento social y reivindican una identidad, conformando así el movimiento pendular de la historia social y cultural a modo de fases de acción y reacción.

Este planteamiento asume el escenario de fuerte polarización al que apelan los discursos binarios populistas que deslegitiman la solidaridad civil y el propio relato e instituciones de la modernidad y de la democracia liberal, si bien una esfera civil vigorosa tendría capacidad para neutralizar tales escenarios. Esto es lo que Alexander pone de manifiesto en su ensayo para el caso norteamericano. No obstante, me parece relevante llamar la atención sobre un desarrollo complementario, partiendo del proceso de fuerte *politización de la vida social* en el que nos hallamos inmersos desde hace décadas a consecuencia del *desbordamiento de la política institucional*. Este desbordamiento viene motivado por la presencia y dinamismo que han adquirido *grupos intermedios* de la sociedad civil y movimientos sociales en nuestras sociedades democráticas (Giddens, 1991; Beck, 1992, 1997; Laraña, 1999). Estos *cuerpos intermedios*, por otro lado, se anticipan a la acción de los partidos políticos a los que suministran ideas que necesitan para renovarse y superar sus limitaciones e inercias organizativas debido a su progresiva burocratización durante la modernidad simple (Melucci, 1989; Beck, 1992; Díez García y Laraña, 2017), y son piedra angular de las dinámicas de organización social y cambio de las sociedades democráticas (Díez García, 2019).

En esta segunda fase de la modernidad, siguiendo a Beck, Giddens y Lash (1997), hemos transitado en las primeras décadas del siglo XXI hacia una fase de aceleración y agudización de este proceso de *politización de la vida social*, que el eslogan con origen en la década de 1960, *lo personal es político*, compendia a la perfección. Esto se manifiesta hoy en la eclosión de una plétora de disputas y conflictos cotidianos, discusiones en redes sociales y *guerras culturales* en torno a la identidad colectiva y el reconocimiento con una componente añadida de orden moralizante para con las audiencias y públicos²². Las acciones y comportamientos de algunos ciudadanos y ciudadanas, en su vida cotidiana y a través de redes sociales digitales y aplicaciones de mensajería instantánea, ponen de manifiesto una creciente necesidad por reconocerse simbólicamente en comunidades y grupos con los que vendrían a compartir una determinada identidad.

Estos procesos de identificación colectiva gravitan y se conforman alrededor de una amalgama en la que se armonizan atributos simbólicos y discursivos que tendemos a asociar con determinadas etiquetas y formaciones políticas, o movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil, pero también en torno a conjuntos concretos de creencias, valores y rasgos culturales, así como cuestiones materiales. Algunos ejemplos son las formas de pensar y actuar que diferentes personas atribuyen a determinadas comunidades religiosas –o a comunidades con una fuerte profusión y radicalidad laicista, y/o de carácter religioso alternativo–, a colectivos que hacen gala de una manifiesta y marcada identidad sexual y de género, o a aquellas comunidades que ex-

²¹ El debate al respecto está abierto y el propio Žižek se lo plantea: https://youtu.be/EJbW7_pwAxY.

²² Rubén Díez, Ariel Sribman y Graciela Merigó, *De dimes y diretes, de rojos, azules, cuñades, indepes, progres, señores y fachas. O de cuando la 'partitocracia' enfanga tus relaciones sociales y la sociedad civil*, Grupo de Estudios sobre Sociedad y Política - GESP, 16 de enero de 2020. Disponible en <http://blogs.uned.es/gesp/de-cuando-la-partitocracia-enfanga-tus-relaciones-sociales-y-la-sociedad-civil>.

presan y se articulan en torno a una unívoca identidad nacional, étnica o conciencia de clase. La exhibición de estos rasgos o atributos permite a estos ciudadanos y ciudadanas proyectar su grado de afinidad para con una determinada identidad colectiva. Al mismo tiempo, esta imagen o proyección pública –siguiendo una lógica netamente *mecanicista, apriorística y binaria* de tipo *in-and-out*– facilita al resto de la ciudadanía que conforma la comunidad política identificar la posición que la comunidad simbólica de pertenencia –y la persona que en ella se reconoce– mantendría respecto a determinadas controversias y debates públicos.

En nuestro país, por ejemplo, siguiendo la estela de una presencia y visibilidad ya habitual en balcones, vehículos, perfiles y mensajes en redes sociales, camisetas, o accesorios de uso cotidiano, la ciudadanía viene expresando su alineamiento con determinadas identidades colectivas haciendo ostensibles lemas, colores, banderas, pulseras y simbología diversa. Estas prácticas permiten reconocer su conexión y grado de afinidad respecto de los grupos, comunidades y movimientos con los que se identifican, y que introducen estas controversias y debates en la agenda pública. La representación cotidiana de estos *marcadores identitarios* no es un problema *per se*, pero hoy se despliega con tal ímpetu, que nuestra vida social se *hiperpolitiza* como resultado de la radicalidad discursiva que cobra la permanente superposición del binomio acción-reacción a manos de organizaciones y movimientos sociales que despliegan un lenguaje binario de estilo populista –en numerosos casos, de connotación antidemocrática y *antiliberal*²³. Esta tesis apunta hacia la idea de que, impugnadas las instituciones de la modernidad por el *temperamento posmoderno*, las disputas y controversias que se visibilizan en el presente han entrado en una dimensión de *tribalización* del conflicto social de tipo *premoderno* (Wind, 2020).

De un lado, por el ascenso y visibilidad de organizaciones y movimientos de *derecha radical* o de *extrema derecha* que pueden dar alas, con diferente intensidad, a la difusión de ideas y acciones que transgreden los ideales democráticos y las instituciones civiles a través de un lenguaje polarizador que denota una fuerte componente *antiliberal*: el *nativismo* y el nacionalismo, el odio y la xenofobia, el *supremacismo*, la misoginia o el autoritarismo. De otro lado, los movimientos sociales de carácter alternativo y por la justicia social que se han venido caracterizando por su pluralismo ideológico, respeto a los principios democráticos, y vocación aperturista, inclusiva y de rechazo al sectarismo (Laraña, 1999; Díez García y Laraña, 2017). Pero entre los que encontramos cada vez con mayor frecuencia, con el paso del milenio, procesos de construcción de identidades colectivas, que, apelando a comunidades –y sociedades– imaginadas, abiertas e inclusivas, pueden derivar y concretarse en comunidades radicales, acrílicas y excluyentes respecto de las opiniones discrepantes y del debate público, en pro de la uniformidad y de la adhesión incondicional a sus postulados o proyecto. Estos movimientos sociales vienen expresándose, igualmente con mayor profusión, en términos binarios y taxonómicos, *de buenos y malos*, en la conformación de sus identidades colectivas, marcos de movilización y procesos de alineamiento con los *marcos de referencia* de audiencias y públicos (Snow et al., 1986; Snow y Benford, 1988), y mostrando en su discurso rasgos abiertamente contrarios al modelo de democracia liberal²⁴.

Más allá de la influencia que han ejercido y ejercen algunos *pensadores temerarios* en la esfera académica y política por su crítica a la democracia liberal (Lilla, 2004)²⁵, son numerosos los académicos e intelectuales que hoy en día no reivindican posiciones temerarias y vienen llamando la atención, desde hace algún tiempo, sobre los riesgos de la expansión de corrientes de pensamiento y acción que, defendiendo posiciones morales de carácter esencialista, elevan la lucha por la justicia social al estatus de virtud moral o fin último de la vida social²⁶. Estas corrientes académicas críticas y activistas, con gran predicamento en las universidades y entre colectivos de la sociedad civil y movimientos sociales por la justicia social, desvirtúan y divergen de las políticas igualitaristas de carácter civil de inspiración socialdemócrata o liberal, –auténtica argamasa de la incorporación civil (Alexander, 2018), y del desarrollo de políticas encaminadas a reducir las desigualdades y la pobreza, con mayor o menor éxito según los autores, a lo largo del siglo XX y en las dos últimas décadas (Fukuyama, Diamond y Plattneeds, 2012; Carabaña, 2016; Salido y Carabaña, 2019; Piketty, 2019; McCloskey, 2019).

Inspiradas por las ideas de algunos autores posmodernos y teorías críticas que tienen su origen en los años sesenta y setenta del siglo XX, tales corrientes han reinterpretado y *reificado* estos enfoques teóricos, desen-

²³ “Contrario a las ideas liberales o a quienes las defienden”, *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*. <https://dle.rae.es/antiliberal>.

²⁴ En nuestro país, a modo de ejemplo, he observado episodios de *cancelación* de personas que no utilizan *lenguaje neutro*, o que utilizan la palabra España, en lugar de Estado Español, así como la exclusión del *feminismo liberal* de las celebraciones del día de la mujer el 8M. Es habitual que las personas y organizaciones que despliegan argumentos en defensa del marco de la democracia liberal sean objeto de mofa, *memes*, e incluso hostigamiento en campus universitarios y redes. En círculos activistas y académicos es frecuente utilizar coloquialmente el vocablo “facha” para referirse a esas personas y organizaciones.

²⁵ Entre estos autores, Mark Lilla incluye a Martin Heidegger y Carl Schmitt, Walter Benjamin, o Michel Foucault y Jacques Derrida.

²⁶ En esta dirección apunta la carta publicada en julio de 2020 en la web de la revista *Harper's*, bajo el título *A Letter on Justice and Open Debate – “Una carta sobre la justicia y el debate abierto”* –, firmada por un amplio espectro de académicos e intelectuales. Desde Francis Fukuyama, Mark Lilla o Steven Pinker y Enrique Krauze, a J. K. Rowling, Arlie R. Hochschild y Margaret Atwood o Noam Chomsky y Salman Rushdie. El original es accesible aquí: <https://harpers.org/a-letter-on-justice-and-open-debate>. Y su versión en castellano en la web de la revista *Letras Libres*: <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/cultura/una-carta-sobre-la-justicia-y-el-debate-abierto>. La aparición de esta carta tiene lugar en el contexto de duras protestas en Estados Unidos por la muerte del ciudadano afroamericano George Floyd durante su arresto por parte de cuatro policías blancos, que están a espera de juicio. En nuestro país se publicó otra carta, en clara analogía y apoyo a los argumentos expuestos en *Harper's*, y que suscribe una amplia pluralidad de intelectuales, periodistas o académicos, y representantes del mundo de la cultura: *Una carta española contra la censura y la cultura de la cancelación*, accesible en <https://apoyoaharpers.wordpress.com>.

cadena la expansión de posturas esencialistas centradas en la lucha por la justicia social y su aplicación práctica desde un prisma eminentemente circunscrito a las *políticas de la identidad*, la interseccionalidad y el constructivismo social –a través de un mal entendido *poder del lenguaje para construir realidad* (Pluckrose y Lindsay, 2020). Bajo estos enfoques teóricos subyacen dos principios inspirados en autores franceses referentes de la posmodernidad como Foucault o Derrida: i) un escepticismo radical en torno al conocimiento científico y la objetividad, frente al ensalzamiento de la propia experiencia como fundamento del conocimiento válido y políticamente relevante, y ii) la creencia firme en que la sociedad está conformada por férreos sistemas de poder, jerarquía, privilegio y opresión que determinan el propio conocimiento, y cómo este puede ser aprehendido²⁷.

La *revolución* que implica la introducción y expansión del *temperamento posmoderno* en el seno de la vida social y democrática a lo largo de medio siglo –i.e. de lo instintivo e impulsivo, de la complacencia y del placer, de la autoafirmación y una *liberación del yo* que niegan los límites a la experiencia, de lo esotérico y de un relativismo radical– está relacionada con el proceso de cambio de valores experimentado por las sociedades modernas e informa de las tensiones que ello crea en la estructura social y la política formal. En la segunda mitad del siglo XX el *temperamento posmoderno* emerge en el ámbito del arte y de la cultura como una recreación de la fantasía y de la imaginación y paulatinamente se ha injertado en la propia estructura social y en nuestras vidas cotidianas. Lo ha hecho de la mano de influyentes círculos culturales e intelectuales, y paradójicamente a través de la producción y del consumo, y de la expansión de los medios y redes digitales, cuyas lógicas de funcionamiento encuentran en los rasgos de tal temperamento un cauce expresivo que retroalimenta a ambos en su desarrollo y expansión²⁸.

Por otro lado, ha encontrado también una vía de expresión y expansión idónea en la propia evolución y relaciones de continuidad histórica y cultural de los *nuevos movimientos sociales* y tradiciones activistas que prosperaron y se difundieron con fuerza hace medio siglo en las primeras sociedades industriales avanzadas tras la Segunda Guerra Mundial, anticipando las que se conceptualizaron analíticamente como posindustriales (Díez García, 2017). Ante la quiebra de la *utopía marxista* y del paradigma de un cambio social de carácter *historicista* –i.e. del movimiento social como sujeto colectivo que guía la historia en un sentido de progreso, frente a la reacción conservadora– los principios teóricos de las corrientes académicas del *posmodernismo* se han erigido en la modernidad tardía, medio siglo después, en guía de acción preferente para nuevas generaciones de activistas de los movimientos sociales contemporáneos –*frontlash* y *backlash*– que exhiben una gran capacidad de influencia sobre élites y organizaciones políticas ávidas de inspiración.

Las organizaciones que operan en la esfera institucional, los partidos, han perdido su capacidad para generar proyectos políticos que provean certidumbres y confianza a la ciudadanía, ahondado el proceso de deslegitimación de las instituciones democráticas modernas. La incertidumbre y pérdida de capacidad, no sólo de las instituciones políticas, sino de los sistemas normativos e institucionales de la modernidad industrial o simple como guías de acción en nuestras sociedades induce, en ausencia de soportes identitarios sólidos, un retorno a estas identidades colectivas fuertes, a modo de *comunidades referenciales* que pueden actuar como refugio de biografías abocadas a la individualización (Giddens, 1991; Beck, 1992, 1997). En este contexto, los conflictos de hoy –con sus *marcadores identitarios* en torno a la sexualidad, el género, la nación, la religión, la ideología y los partidos, la ecología, el *especismo*, la etnia o la (conciencia de) clase– retroalimentan las disputas políticas tradicionales y la polarización que tiene lugar en el orden de la política formal.

Las organizaciones políticas tradicionalmente han incorporado a sus filas líderes y activistas provenientes de la sociedad civil y de los movimientos sociales, y han buscado inspiración en ellos y en sus demandas (Melucci, 1989; Beck, 1992). Hoy los partidos se hacen eco de estos colectivos y movimientos, posicionándose a favor o en contra de sus marcos de movilización y demandas, con tal intensidad que esgrimen su lenguaje y estructuras discursivas emulando a los movimientos sociales como expresión del conflicto²⁹. El inconveniente es que los postulados teóricos del *posmodernismo*, llevados a su máxima expresión y ejecución práctica en su forma política –v.g. el *populismo de izquierdas*– frecuentemente se bifurcan del carácter civil de las formas de acción política y movilización en favor de la igualdad al cuestionar e impugnar, i) las instituciones de la modernidad y de la democracia liberal –definida como mera forma organizativa de un sistema de poder, jerarquía y privilegio de un élite–, y ii), siguiendo a Alexander, los propios principios que sustentan la solidaridad civil

²⁷ Una revisión crítica y clásica sobre los vicios e imposturas epistemológicas de algunos autores posmodernos es la de Alan Sokal y Jean Bricmont y su obra *Imposturas intelectuales* (1999), que despertó gran polémica y a su vez la crítica de intelectuales posmodernos como Jacques Derrida. Otra crítica de interés a una “versión fuerte” (*strong*) del *posmodernismo* y las consecuencias de su influencia sobre los movimientos sociales alternativos y la *izquierda* es el artículo de Barbara Epstein, “Postmodernism and the Left”, *New Politics* (1997), <https://archive.newpol.org/issue22/epstei22.htm>.

²⁸ No asocio de forma unívoca las corrientes académicas e intelectuales del *posmodernismo* con el cambio hacia valores *postmaterialistas* en las sociedades contemporáneas. Es la forma más popular de dicho *temperamento posmoderno* el que guarda relación con la progresiva presencia y dinámicas de equilibrio entre valores materialistas y *postmaterialistas* –en su interrelación con las lógicas de los órdenes tecno-económico y político (Bell, 1976; Inglehart y Welzel, 2005; Welzel, 2013). Las corrientes académicas e intelectuales *postmodernistas*, no obstante, han venido jugando un papel destacado en las universidades, y en el mundo del activismo y de la política no institucional, y, más recientemente en sus desarrollos, en la propia política institucional.

²⁹ Esta última idea es de mis colegas Graciela Merigó y Ariel Sribman.

que activan las instituciones civiles cuando los valores democráticos de la comunidad se ven amenazados: universalismo, imparcialidad, independencia, y autoridad racional-legal.

Estas corrientes de acción despiertan una fuerte antipatía no sólo entre las élites y grupos sociales conservadores y liberal-humanistas, pueden estimular también el resentimiento de grupos sociales y *clases populares* que se sienten abandonadas por los actores y organizaciones con los que solían identificarse y que tradicionalmente defendían sus intereses materiales e ideales —una cuestión sobre la que la familia socialdemócrata quizá debería reflexionar (Rorty, 1998; Cramer, 2016; Hochschild, 2016; Vance, 2016; Lilla, 2017; Piketty, 2019; Fukuyama, 2019). Dada la virulencia y profundidad de los conflictos a los que se aboca a la ciudadanía por la continua resonancia de las estructuras discursivas binarias que se despliegan en estas dinámicas de acción y reacción, las reacciones de carácter civil, en manos de líderes populistas y/o capitaneadas por organizaciones de *extrema derecha* se tornan proyectos autoritarios, xenófobos y antidemocráticos en nombre de un *orden social*, que ya no será democrático, aunque pueda contar con un amplio apoyo popular. Razón por la cual con vendría que despertaran el rechazo de las familias conservadora y liberal, que, junto a la socialdemócrata, han conformado el *centro vital* de las sociedades democráticas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (Schlesinger 1949)³⁰. Repensar la observancia que mantiene la familia socialdemócrata respecto de las *políticas de la identidad*, así como la que mantiene la familia conservadora respecto de una agenda de orden *plutocrático*, que limita la incorporación civil y la lucha contra la desigualdad³¹, parecen dos buenas estrategias para que se dé un refuerzo mutuo del *centro vital*.

El ascenso y pujanza de líderes, organizaciones y partidos políticos que despliegan discursos y comandan acciones, proyectos autoritarios, xenófobos y populistas, sobre los que subyacen diferentes grados de *identitarismo* nacional o *nativismo*, no es un fenómeno nuevo. Su fuerza y apoyo ciudadano es notable en países europeos como Francia, Alemania, España e Italia, y sus líderes han sido capaces de alcanzar el poder en países como Rusia, Estados Unidos, Brasil, Hungría, Polonia, Turquía, o Filipinas. Las formas de acción y movimientos por la justicia social que en los últimos años han asumido como guía de acción práctica los aludidos postulados de las corrientes teóricas posmodernas son el combustible ideal para las *guerras culturales* y conflictos identitarios que enfangan nuestra vida social. También lo son para el ascenso, a lomos del miedo, el resentimiento, la intolerancia y el odio, de lo que, desde una perspectiva política-profesional, se denomina *extrema derecha*.

El conflicto social hoy alcanza su máxima expresión en movimientos *iliberales* que apelan a la identidad colectiva, el nacionalismo, y la religión (Fukuyama, 2019), o a la imposibilidad de un conocimiento objetivo de carácter científico, en favor de una lucha por la justicia social que se erige sobre “conocimientos” distintivos y legitimados únicamente por las propias experiencias de vida de grupos y colectivos. En estas corrientes los principios modernos de universalismo e individualidad, autoridad o imparcialidad quedan en segundo plano, ya que lo que se erige como principio de realidad es lo colectivo y un sentido de comunidad en torno al que los individuos comparten una determinada identidad, definida por su posición en un *sistema interseccional* de opresión —i.e. ‘nosotros’, los buenos, los oprimidos—, estructurado jerárquicamente desde posiciones de privilegio y poder —i.e. los otros, los malos, los opresores—.

Estos conflictos se enmarcan en el amparo, ya aludido, que estas *comunidades referenciales* brindan a los individuos frente a los problemas de identidad que proliferaron durante la modernidad simple (Klapp, 1969), pero que cobran mayor trascendencia con los procesos de desinstitucionalización e individualización de la segunda modernidad (Beck y Beck-Gernsheim, 2003). Caracterizada ésta por la incertidumbre, el riesgo, la precariedad o *lo líquido* (Beck, 1992, 2002; Sennet, 2000; Bauman, 2006, 2008), en contraste con las certezas que representaba el proyecto de la modernidad industrial o simple. Dichos conflictos son consustanciales a la lectura populista de la realidad social de una parte cada vez más relevante de los movimientos de acción y reacción en un contexto de debate académico en torno a la *quiebra de legitimidad y desconsolidación del orden democrático liberal* (Foa y Mounk, 2016; 2017; Alexander y Welzel, 2017). *De la mano de la mentira*³², de su discurso demagógico, los líderes populistas alientan y refuerzan estas dinámicas de acción-reacción con postulados y agendas, que una vez se desembarazan de las formas civiles, transmutan en fenómenos fuertemente reaccionarios y tibios con los valores e instituciones civiles sobre los que se asientan nuestras democracias.

La expresión más radical y peligrosa para la democracia de la reacción *backlash* ha venido siendo objeto de atención, análisis y preocupación para parte de la sociología internacional desde hace décadas. En España de manera más reciente. Sería relevante para nuestra disciplina aproximarse también a las consecuencias que desencadena la retroalimentación cotidiana, constante y superpuesta de las dinámicas de acción-reacción. Para ello la sociología no debería descuidar, ni permanecer muda, tampoco, ante las corrientes *populistas y antiliberales* que se han venido abriendo hueco en los movimientos de acción *frontlash*. El carácter *autorreferencial*

³⁰ Alexander alude al concepto *centro vital* [*vital center*] en su ensayo. En la primera nota al pie de la traducción del mismo me refiero a él y al libro de Arthur M. Schlesinger, Jr. *The vital center: the politics of freedom*.

³¹ Pau Mari-Klose, *Trump: cabalgando en tigre*, Agenda Pública, 21 de enero de 2021. Disponible en <http://agendapublica.elpais.com/trump-cabalgando-el-tigre>.

³² Emilio Lamo de Espinosa, *El País*, 20 de enero de 2021. Disponible en <https://elpais.com/opinion/2021-01-19/democracia-y-demagogia-de-la-mano-de-la-mentira.html>

de los movimientos sociales contemporáneos (Melucci, 1989; Johnston, Laraña y Gusfield, 1994; Díez García y Laraña, 2017), los empuja a convertirse en auto-expresión radical de su propia identidad colectiva y particularidades, en un fin en sí mismos.

Dados los límites y resistencias que la estructura social ofrece a la realización práctica de sus expectativas de cambio, alentadas falazmente en las últimas décadas por su *fe en el poder del lenguaje para construir realidad*, los movimientos sociales por la justicia social corren el riesgo de que la materialización de sus metas acabe circunscribiéndose a su propia praxis *performativa* comunitaria y una continua politización de la vida cotidiana con consecuencias no previstas. Esto es terreno abonado para dinámicas en las que movimientos de acción y reacción se tornan comunidades cerradas sobre sí mismas, que se superponen e impugnan mutuamente, poniendo en un aprieto constante la vida democrática, así como los derechos civiles de los individuos que no se alinean con sus proyectos, en caso de alzarse con el poder. Ya sea en nombre de grupos sociales que se resisten a perder su *status* y poder, y que quieren conservarlo, o de la reparación de pretendidas injusticias estructurales ejercidas sobre colectivos, naciones, territorios, e incluso lenguas o especies, de los que se erigen como representantes.

Estas dinámicas son amplificadas e intensificadas en nuestras sociedades *hiperconectadas*, a través de tecnologías y medios digitales que acentúan el carácter reflexivo de la vida social (Giddens, 1991; Beck, Giddens y Lash, 1997; Melucci, 1994). Sociedades en las que la información y el conocimiento –recursos clave para su estructura social– son de naturaleza simbólica y están íntimamente ligados al lenguaje y a los procesos cognitivos y emocionales, a través de los cuales creamos un sentido de identidad. Los conflictos en torno a las identidades, entonces, se presentan, representan, interiorizan y resignifican en un movimiento de espiral que intensifica, amplifica y recrea las disputas políticas, tanto a nivel formal o institucional, como en la esfera *subpolítica* cotidiana (Beck, 1992, 1997).

Quizá sea esto último lo que más debe preocuparnos, en términos de una progresiva aceleración y profundización de la *politización de la vida cotidiana*, a caballo entre las constantes llamadas a que la vida privada de las personas se convierta en un campo de batalla político y moral –sino a un burdo combate contra el *fascismo*–, y, simultáneamente, un perpetuo y furibundo *estado de alarma, conspiranoia y contra-ataque* de la reacción conservadora que se cimenta en el miedo y la desconfianza –dando lugar a la recíproca transmutación de tales visiones o posiciones al margen de que idealmente las asociemos a un tipo de acción *frontlash* o reacción *backlash*. Este contexto supone un freno para la expresión de la cultura cívica (Díez García y Laraña, 2017) –de la solidaridad civil, si seguimos a Alexander– como forma de ritualizar la capacidad de una democracia para que su ciudadanía se reconozca parte de una misma comunidad política, en el sentido moderno del término.

Desde una visión histórica amplia –*historicista* a veces–, que entiende que frente a los logros y avances impulsados por movimientos sociales surgen y se suceden reacciones que se oponen a tales cambios, y hacen gala de una retórica reaccionaria (Hirschman, 1991), es plausible manejar, asimismo, la siguiente tesis alternativa y complementaria, –que Hirschman, en cierto sentido, también desliza, aunque no explícitamente. La *retórica de la intransigencia* se expresa en el presente a través de movimientos reaccionarios, populistas y antidemocráticos de corte *posmoderno* que impugnan las instituciones políticas de la modernidad, a un lado y otro del espectro político-ideológico. Una reacción contra la democracia liberal, contra el marco institucional que ha posibilitado impulsar los mayores avances civiles y logros en el plano de la igualdad y de las libertades que se han dado a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. La reacción y el ataque hacia ese marco democrático, de convivencia, lo protagoniza hoy la dinámica de superposición del propio binomio acción-reacción en un contexto de fuerte *politización de nuestra vida social*, expresión de un *temperamento posmoderno*, que nos acarrea las consecuencias ya expuestas, y ralentiza el impulso de nuevos avances sociales y el fortalecimiento de nuestras democracias.

La capacidad de la ciudadanía para reconocerse parte de la comunidad política moderna es el antídoto frente a la polarización, el nacionalismo, el populismo, o la *extrema derecha*, y al tiempo un requisito fundamental para generar reformas y cambios sociales. Es sólo a través del reforzamiento del propio orden democrático, de los valores cívicos y de las instituciones civiles asociadas a su mantenimiento y perfeccionamiento, que una sociedad puede, de forma exitosa, introducir cambios en las relaciones sociales, en los planos de la igualdad y de la incorporación civil, en la cobertura de un mayor espectro de necesidades sociales, derechos y libertades, o formas más participativas y deliberativas de democracia (Dahrendorf, 1985; Habermas, 1991, 1996; Díez García, 2019), –*interactivas*, siguiendo a Rosanvallon (2020). Expresar el conflicto y la disputa política para introducir reformas y avances civiles en las sociedades democráticas es no sólo posible, sino que puede impulsar y fortalecer la propia democracia.

Para ello existen sistemas de valores y normativos que guían nuestras acciones, cuyos beneficios para la convivencia y la vida democrática avala la historia: una cultura cívica y formas civiles como guía de la acción política y ciudadana. Dos siglos de historia y experiencia democrática, con sus claroscuros, no pueden quedar en papel mojado para las nuevas generaciones. Como abordamos en otro lugar para España (Díez García y Laraña, 2017), o hacen Ruth Braunstein (2017) y el propio Alexander para el caso norteamericano, la democracia liberal posibilita que organizaciones políticas y de la sociedad civil y movimientos sociales con posiciones y demandas que rivalizan extraordinariamente entre sí, se equilibren, compensen y complementen en el marco

democrático de toma de decisiones, y lo fortalezcan, si es la propia expresión y puesta en práctica de valores cívicos lo que subyace en sus posiciones, y esto transcurre dentro de los cauces civiles de la estructura institucional de la democracia moderna.

El ensayo de Jeffrey Alexander, más allá de la coyuntura y del armazón teórico-conceptual del autor, rompe una lanza en favor de los principios que han venido conformando la democracia moderna desde hace más de dos siglos. Replicar este ejercicio desde las instituciones civiles, la ciudadanía, y la propia academia, de modo que purifiquemos los elementos que contaminan o amenazan los valores democráticos de la comunidad política, a un lado y otro del espectro ideológico es una responsabilidad cívica. Por ello, acabo este epílogo y comentario crítico suscribiendo las palabras de Alexander cuando nos anima a que desde la sociología no entremos “a formar parte del escenario de polarización” en el que actúan frentes de movilización *frontlash* y reacción *backlash*.

El papel de nuestra disciplina puede ser el de “mantener la distancia respecto de ambos polos y situarse en una posición crítica para su comprensión”, evitando dar lugar “a un efecto no intencionado de armonización entre democracia y populismo (por ejemplo, Laclau 2005); cediendo, de este modo, no ya el terreno intelectual, si no el moral, a los enemigos de la democracia”. Consciente de mis limitaciones respecto a una figura de gran relevancia académica en la sociología contemporánea, pero sintiéndome fiel defensor de nuestro, hoy tan de-nostado, orden democrático liberal –i.e. constitucional–, lo que aquí he modestamente intentado y pretendido es recoger el guante de Jeffrey Alexander, aceptando su invite. Y tú, ¿te atreves?

Bibliografía

- Alexander, J. C. (2017): *Poder y performance*, Madrid, CIS.
- Alexander, J. C. (2018): *La esfera civil*, Madrid, CIS.
- Alexander, J. C. (2020): “The Populist Continuum from within the Civil Sphere to Outside It”, en J. C. Alexander, P. Kivisto y G. Sciortino, eds., *Populism in the Civil Sphere*, Cambridge, Polity Press.
- Alexander, Amy. C. y C. Welzel (2017): “The Myth of Deconsolidation: Rising Liberalism and the Populist Reaction”, *ILE Working Paper Series*, No. 10, Hamburg, University of Hamburg, Institute of Law and Economics (ILE), Disponible en web: <https://www.econstor.eu/bitstream/10419/170694/1/ile-wp-2017-10.pdf> [Consulta: 22 de noviembre de 2020].
- Barrio, A., O. Barberà y J. Rodríguez-Teruel (2019): “‘Spain steals from us!’ The ‘populist drift’ of Catalan regionalism”, *Comparative European Politics*, 16(10). doi: 10.1057/s41295-018-0140-3
- Bauman, Z. (2006): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE.
- Bauman, Z. (2008): *Miedo líquido*, Barcelona, Paidós
- Beck, U. (1992): *Risk Society, Towards a New Modernity*, Londres, Sage.
- Beck, U. (1997): “La reinención de la política: hacia una teoría de la modernización reflexiva”, en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, comp., *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- Beck, U. (2002): *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Madrid.
- Beck, U., A. Giddens y S. Lash (comp.) (1997): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.
- Beck, U. y E. Beck-Gernsheim (2003): *La individualización: el individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.
- Bell, D. (ed.) (1963): *The radical right. The new american right expanded and updated*, Nueva York, Doubleday & Company.
- Bell, D. (1976): *The cultural contradictions of capitalism*, New York, Basic Books Inc. Publishers.
- Braunstein, R. (2017): *Prophets and Patriots Faith in Democracy across the Political Divide*, Oakland, University of California Press.
- Caiani, M. y P. Kröll (2015): “The transnationalization of the extreme right and the use of the Internet International”, *Journal of Comparative and Applied Criminal Justice*, 39(4), pp. 331-351. doi: 10.1080/01924036.2014.973050.
- Carabaña, J. (2016): “*Ricos y pobres: la desigualdad económica en España*”, Madrid, La Catarata.
- Cramer, X. (2016): “*The Politics of Resentment: Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*”, Chicago, University of Chicago Press.
- Dahrendorf, R. (1985): *Law and order*, Londres, Stevens & Sons.
- Díez García, R. (2017): “The ‘indignados’ in Space and Time: Transnational networks and historical roots”, *Global Society*, 31(1), pp. 43-64. doi: 10.1080/13600826.2016.1235548.
- Díez García, R. (2019): “Sociedad civil y movimientos sociales. Entre el cambio y la organización social”, *Revista Española de Sociología*, 28(1), pp. 161-169. doi:10.22325/fes/res.2018.55.
- Díez García, R. y E. Laraña (2017): *Democracia, dignidad y movimientos sociales. El surgimiento de la cultura cívica y la irrupción de los indignados en la vida pública*, Madrid, CIS.
- Durham, M. y M. Power (eds.) (2010): *New Perspectives on the Transnational Right*. Nueva York, Palgrave.
- Durkheim, E. (1985 [1893]): *La división del trabajo social*, Madrid, Planeta.
- Durkheim, E. (1958): *Professional ethics and civic morals*, Illinois, The Free Press.
- Epstein, B. (1997): Postmodernism and the Left, *New Politics*, 6(2), disponible en web: <https://archive.newpol.org/issue22/epstei22.htm>. [Consulta: 22 de noviembre de 2020].
- Foa, R. S. y Y. Mounk (2016): “The Danger of Deconsolidation: The Democratic Disconnect”, *Journal of Democracy*, 27(3), pp. 5-17, disponible en web: <https://www.journalofdemocracy.org/wp-content/uploads/2016/07/FoaMounk-27-3.pdf> [Consulta: 22 de noviembre de 2020].

- Foa, R. S. y Y Mounk (2017): "The Signs of Deconsolidation", *Journal of Democracy*, 28(X), pp. 5-15, disponible en web: https://www.journalofdemocracy.org/wp-content/uploads/2017/01/02_28.1_Foa-Mounk-pp-5-15.pdf [Consulta: 22 de noviembre de 2020].
- Fukuyama, F. (2019): *Identity. Contemporary identity politics and the struggle for recognition*, London, Profile Books.
- Fukuyama, F., L. Diamond y M. Plattneeds (eds.) (2012): *Poverty, Inequality, and Democracy*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Giddens, A. (1991): *The consequences of modernity*, Cambridge, Polity Press.
- Habermas, J. (1991): *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of bourgeois society*, Cambridge, MIT Press.
- Habermas, J. (1996): *Between facts and norms. Contributions to a discourse theory of law and democracy*, Cambridge, MIT Press.
- Hawley, G. (2017): *Making Sense of the Alt-Right*, New York, Columbia University Press
- Hirschman, A. (1991): *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*. Cambridge, Harvard University Press.
- Hochschild, A. (2016): *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*, New York, New Press.
- Hofstadter, R. (1962): "Pseudo-Conservatism Revisited: A Postscript", en D. Bell, ed. *The radical right. The new american right expanded and updated*, New York, Doubleday & Company.
- Inglehart, R. y C. Welzel (2005): *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Jiménez, F. y A. Álvarez-Benavides (2019): "Asociaciones Culturales de Ayuda Nacional. La emergencia de una extrema derecha alternativa en España", *Tiempo Devorado. Revista de Historia Actual*, 6 (1), pp. 54-83.
- Johnston, H., E. Laraña y J. Gusfield (1994): "Identities, Grievances and Ideologies of Everyday Life", en E. Laraña, K. Johnston y J. Gusfield, eds., *New Social Movements. From ideology to Identity*, Filadelfia: Temple University Press; [ed. cast.: *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 1994].
- Klapp, O. E. (1969): *Collective search for identity*, Nueva York.
- Kornhauser, W. (1959): *The Politics of Mass Society*, Glencoe, The Free Press.
- Krauze, E. (2018): *El pueblo soy yo*, Ciudad de Mexico, Penguin.
- Laclau, E. (2005): *On Populist Reason*, Londres, Verso.
- Laraña, E. (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza.
- Laraña, E. (2001): "La reflexividad de la Transición. Identidad, discurso y acción colectiva en el País Vasco", en J. F. Tezanos *et al.*, coords., *Estructura y cambio social. Libro homenaje a Salustiano del Campo*, Madrid, CIS.
- Levitsky, S. y D. Ziblatt (2018): *How democracies die*, Nueva York, Broadway Books.
- Lipset, S. M. (1962): "Three Decades of the Radical Right: Coughlinites, McCarthyites, and Birchers", en D. Bell (ed.) (1963) *The radical right. The new american right expanded and updated*, Nueva York, Doubleday & Company.
- Lilla, M. (2004): *Pensadores temerarios. Los intelectuales en la política*, Barcelona: Debate.
- Lilla, M. (2017): *The once and future liberal: After the identity politics*, Nueva York, Harper Collins.
- Llera, F. J. (2013): "ETA: medio siglo de terrorismo y limpieza étnica en Euskadi", *Revista Sistema*, 231, pp. 3-46.
- McCloskey, D. N. (2019): *Why Liberalism Works. How True Liberal Values Produce a Freer, More Equal, Prosperous World for All*, New Haven, Yale University Press.
- McDonnell, D. y A. Werner (2019): *International Populism: The Radical Right in the European Parliament*, Londres, Hurst.
- Melucci, A. (1989): *Nomads of the Present.*, Philadelphia, Temple University Press.
- Melucci, A. (1994): A strange kind of newness: What's "new" in New Social Movements? en E. Laraña, H. Johnston y J. Gusfield, eds., *New Social Movements. From ideology to Identity*, Philadelphia, Temple University Press.
- Mudde, C. (2019), *The far-right today*, Cambridge, Polity Press.
- Mudde, C. y C. Rovira (2017): *Populism: A Very Short Introduction*, Nueva York: Oxford University Press.
- Nagle, A. (2017): *Kill All Normies: Online Culture Wars from 4chan and Tumblr to Trump and the Alt-Right*, Winchester, Zero Books.
- Norris, P. e Inglehart, R. (2019): *Cultural Backlash. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Piketty, T. (2019): *Capital e ideología*, Barcelona, Deusto Ediciones.
- Pluckrose, H. y J. A. Lindsay (2020): *Cynical Theories: How Activist Scholarship Made Everything about Race, Gender, and Identity—and Why This Harms Everybody*, North Carolina, Pitchstone Publishing.
- Rivero, Á (ed.) (2019): *La libertad de los modernos. Benjamin Constant. Introducción: El liberalismo político de Benjamin Constant*, Madrid, Alianza.
- Rooduijn, M., S. Van Kessel, C. Froio, A. Pirro, S. De Lange, D. Halikiopoulou, P. Lewis, C. Mudde y P. Taggart (2019): *The PopuList: An Overview of Populist, Far Right, Far Left and Eurosceptic Parties in Europe*, disponible en web: www.populist.org. [Consulta: 22 de noviembre de 2020].
- Rone, J. (2021): "Far right alternative news media as 'indignation mobilization mechanisms': how the far right opposed the Global Compact for Migration", *Information, Communication & Society*. doi: 10.1080/1369118X.2020.1864001.
- Rosanvallon, P. (2020): *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Rorty, R. (1998): *Achieving Our Country. Leftist Thought in Twentieth-Century America*, Cambridge, Harvard University Press.
- Salido, O. y J. Carabaña (2019): "An increasingly squeezed middle class? Changing income distributions and inequality in the EU15 through the last economic cycle", *Journal of Contemporary European Studies*, (27)3, doi: 10.1080/14782804.2019.1625756
- Schlesinger, A. M. (1949): *The Vital Center: The Politics of Freedom*, Nueva York: Houghton Mifflin.
- Sennet, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Sokal, A. y J. Bricmont (1999): *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós.

- Snow, D., B. Rochford, W. Steven y R. Benford (1986): "Frame alignment processes, micromobilization, and movement participation", *American Sociological Review*, 51, pp: 464-481.
- Snow, D. y R. Benford (1988): "Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization", en B. Klandermans, H. Kriesi y S. Tarrow, eds., *International Social Movement Research*, vol. 1, JAI Press, Greenwich, pp. 197-217.
- Sola, J. y C. Rendueles (2017): "Podemos, the upheaval of Spanish politics and the challenge of populism", *Journal of Contemporary European Studies*, (26)1, pp. 99-116. doi: 10.1080/14782804.2017.1304899
- Turnbull-Dugarte, S. J., J. Rama y A. Santana (2020): "The Baskerville's dog suddenly started barking: voting for VOX in the 2019 Spanish general elections", *Political Research Exchange*, 2(1). doi: 10.1080/2474736X.2020.1781543.
- Vance, J. D. (2016): *Hillbilly Elegy: A Memoir of a Family and Culture in Crisis*, New York, Harper Collins.
- Weber, M. (2002 [1922]): *Economía y sociedad*, México D.F., FCE.
- Welzel, C. (2013): *Freedom Rising*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Wind, M. (2020): *The Tribalization of Europe: A Defence of our Liberal Values*, Cambridge, Polity Press.

